LA CAJA DE PANDORA



MITOLOGÍA
GREDOS

© Bernardo Souvirón por el texto de la novela.
© Juan Carlos Moreno por el texto de la pervivencia del mito.
© 2017, RBA Coleccionables, S.A.

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Elisa Ancori
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de
esta publicación puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8716-8
Depósito legal: B 18055-2017

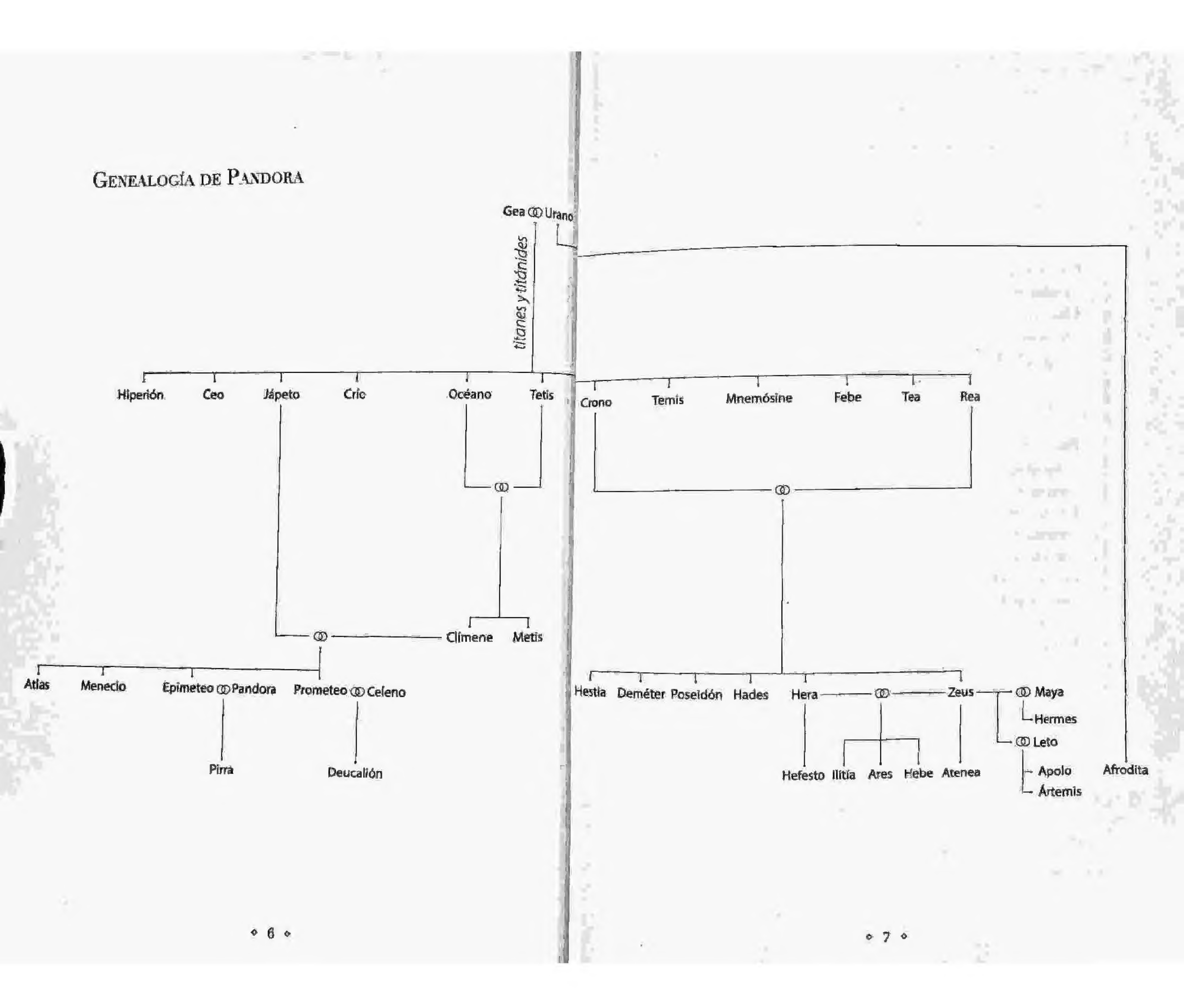
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Ordenó Zeus al muy ilustre Hefesto mezclar cuanto antes tierra con agua, infundirle voz y vida humanas y hacer una hermosa y encantadora figura de mujer, cuyo rostro fuera semejante al de las diosas inmortales.

Teogonía, Hesíodo

Genealogía de Pandora



Dramatis personae

Dioses primordiales

Gea – la Madre Tierra, fuerza generadora de la que proceden todas las cosas.
Urano – el Cielo, hijo y esposo de Gea, de quien nace por separación.

La estirpe de los titanes

Prometeo – titán de la segunda generación; previsor y filántropo, al principio de la Edad de Plata comprende el papel de los mortales en la creación.
Epimeteo – titán menos reflexivo y agudo que su hermano Prometeo, cuyo consejo siempre ha seguido, quedando a su sombra.
Crono – el hijo más joven de Urano, soberano celestial durante la Edad de Oro, derrocado por Zeus en la titanomaquia.
Atlas – titán comandante de las fuerzas de Crono, hermano de Prometeo, fue castigado a sostener eternamente la bóveda celeste sobre sus espaldas.
Deucalión – hijo de Prometeo y la pléyade Celeno, nacido en la Edad de Plata, antes del castigo de Zeus a su padre.

La estirpe de los olímpicos

Zeus – soberano celestial; emprende la tarea de dar su forma definitiva al mundo tras derrotar a Crono al final de la Edad de Oro.
Hefesto – dios herrero, hábil artesano de los dioses.
Afrodita – diosa del amor carnal y la belleza física, hija adoptiva de Zeus.
Hermes – heraldo del soberano celeste, de verbo ingenioso y a veces engañador.
Ares – dios de la guerra, hijo de Zeus y Hera.
Atenea – joven diosa de la sabiduría y la estrategia, la preferida de su padre, Zeus.

La estirpe de los mortales

Pandora – la primera mujer, creada por Hefesto con barro por orden de Zeus.
Pirra – hija mortal de Epimeteo y Pandora, nacida en la Edad de Bronce.

1

LA CUEVA DE LOS TIEMPOS

La niebla cubría las cumbres y los valles. Desde el camino, la humedad se vertía sobre las laderas de las colinas, y de las hojas de los árboles caían gotas de agua, como lágrimas derramadas por gigantes inmóviles. El pequeño riachuelo fluía despacio, rodeado de silencio, y el sonido de sus aguas parecía absorber el canto de los pájaros y las inquietas voces de los animales, atrapados por el rociado manto de las nubes bajas.

Descendió despacio hacia la orilla del río, intentando contener en cada paso los recuerdos que lo asaltaban en tropel. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuántos hombres habían vivido y muerto durante su cautiverio?

Se detuvo y respiró hondo, disfrutando de la sensación de frescor que inundaba la tierra. Se agachó lentamente, contemplando su rostro dibujado sobre la tranquila superficie de las aguas; se tocó las mejillas, se acarició la frente, cerró los ojos, llenó su pecho con el olor de la tierra, disfrutando de la

íntima satisfacción de haber cumplido la misión que, en otro tiempo, en otro mundo, se había propuesto.

Cruzó el río, dejando que las aguas abrazaran su cuerpo. Al otro lado de la orilla, el frescor de la mañana hizo que sus miembros se estremecieran, recordándole que la incipiente primavera apenas acababa de nacer. Dirigió sus pasos hacia la entrada de una cueva que dibujaba su boca entre el musgo adherido a las rocas, avanzando decididamente, convencido de que en aquel lugar apartado y solitario había empezado la verdadera historia de los hombres.

En el interior de la gruta la humedad se hacía densa, viscosa, y un olor espeso y dulzón inundaba todos los rincones. Silencio, soledad, olvido. Nada parecía recordar que, en otro tiempo, aquella cueva había servido de refugio y de hogar a un grupo de hombres perdidos en la inmensidad de un mundo hostil.

Miró a su alrededor; escudriñó las paredes y el techo de la cueva a la tenue y tamizada luz que se filtraba desde la entrada: hilos de agua caían desde el techo, como lágrimas de nostalgia por un mundo desaparecido para siempre.

Prometeo se sentó un momento. En su mente se dibujó el recuerdo del día en que vio por primera vez a un hombre que parecía ensimismado, con los ojos clavados en el cielo de la noche, y, poco a poco, rememoró los tiempos en que lo arriesgó todo para ayudar a la raza de los hombres, esos seres desvalidos a los que ni siquiera Zeus había prestado atención. Una sonrisa se esbozó en su rostro al evocar el momento en que les regaló el secreto del fuego y del lenguaje, y no pudo evitar sentir una punzada de nostalgia.

Cogió entonces una pequeña rama seca y removió despacio el suelo de tierra. La cueva estaba oscura y hacía frío;

desde el exterior, los jirones de niebla humedecían con sus gotas de rocío el vientre de la gruta, y un ligero escalofrío sacudió su cuerpo.

A sus pies, entre la arena removida, vio trozos de barro cocido desgastados por el paso del tiempo, húmedos y míseros testigos de sucesos antiguos. Dejó que su mente siguiera vagando y, de nuevo, una sonrisa apareció en sus labios cuando recordó el momento en que, decidido a todo, había conseguido engañar al propio Zeus. ¡Qué lejanos parecían aquellos días! ¡Qué diferencia entre aquel mundo y el que había contemplado en su viaje desde el Cáucaso!

Jamás había dudado de que su enfrentamiento con el dios habría de costarle muy caro. En efecto, durante innumerables generaciones de hombres, tuvo que cumplir un castigo acorde con su insolencia, proporcionado a su atrevimiento: el gran Zeus lo había encadenado a una roca en la cumbre de uno de los montes del Cáucaso, donde hubo de sufrir el tormento de la soledad, el desasosiego y el dolor físico, pues un águila insaciable le devoraba cada día las entrañas.

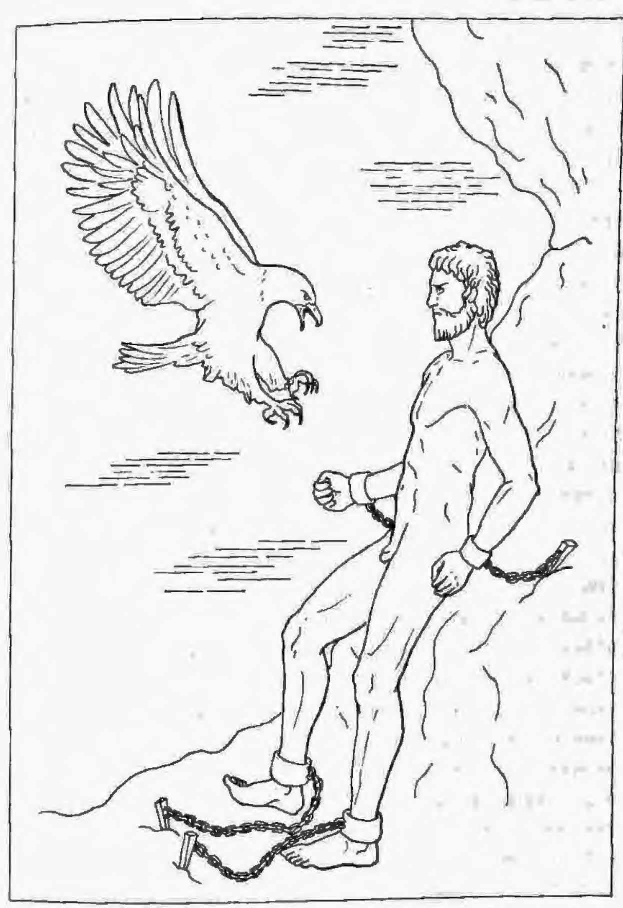
Se estremeció al rememorar el dolor profundo, agudo y ardiente que lo había lacerado cada noche, cuando, en medio de la soledad de las montañas, tiritando de frío por las heladas, sentía en el interior de su vientre la tremenda punzada que provocaban sus vísceras al regenerarse de nuevo. Muchas noches había deseado la muerte mientras esperaba la llegada del amanecer, el vuelo del águila, su pico desgarrándole la piel, su graznido de hielo taladrándole los oídos.

Desechó aquellos pensamientos y se concentró en el instante en que Hércules, el hijo de Zeus, lo había liberado de su suplicio. Sin poder creérselo, había presenciado cómo la

flecha de aquel héroe sin par atravesaba el cuerpo del ave, haciéndola caer inerte, girando sobre sí misma, como una pequeña brizna de hierba revoloteando en el abismo de un pozo oscuro. Todavía se estremecía al recordar la sensación de volver a incorporarse, libre de cadenas; la dificultad con que empezó a mover sus miembros entumecidos; el inmenso agradecimiento hacia su liberador.

Cuando abandonó el Cáucaso disfrutó cada recodo del camino, cada rugido de las fieras, cada canto de las aves; se sumergió en las aguas de ríos y lagos, durmió bajo el lejano fulgor de las estrellas, paladeando cada pequeño descubrimiento y sintiéndose bien consigo mismo, pues el mundo de los hombres había cambiado radicalmente: las casas habían sustituido a las chozas y las cuevas ya no eran más que refugios de animales. El fuego, su gran regalo para la raza humana, había cambiado por completo las vidas de los hombres y, gracias a él, por doquier se levantaban ciudades donde antes solo había aldeas. Y en todas ellas, pensó sonriendo, había mujeres.

Con un suspiro profundo, Prometeo pensó que todo había valido la pena, incluso su sufrimiento, y, con la calma propia de quien cree haber cumplido su destino, acertó a comprender que el progreso de los hombres, cada nueva conquista, cada logro, no podría darse nunca sin el padecimiento personal de alguien. Pensó en los tiempos venideros, y creyó adivinar en el horizonte la figura, incluso el rostro, de quienes, dispuestos a sufrir como él había sufrido, volverían a sacrificarse con el fin de hacer avanzar de nuevo a toda la raza humana; le pareció imaginar sus semblantes, evocó sus nombres y vislumbró su dolor. Y no sintió tristeza.



Prometeo se estremecía cada vez que recordaba la cruel condena que le impuso Zeus.

El frío y la humedad lo sacaron de su ensimismamiento y lo asedió la necesidad de encender fuego. Tomó una ramita de madera del suelo y amontonó hierba seca a su lado. Con una intensa sensación de placer, comenzó a hacer girar entre las palmas de sus manos el pequeño trozo de madera, recordando de nuevo el instante en que, en otro tiempo, en otro mundo, lo había hecho ante aquel hombre inquieto que parecía escudriñar los secretos del cielo. En unos instantes una finísima columna de humo nació de las briznas de paja y, muy pronto, brotó la primera lengua de fuego.

El milagro de la llama, el misterio del fuego crepitando, apareció de nuevo ante sus ojos. Arrimó entonces otras ramas secas y enseguida la luz y el calor inundaron la gruta. Imaginó a los hombres que habían vivido allí; fantaseó intentando percibir lo que ellos habrían percibido; cerró los ojos y dejó que el calor acariciara su cuerpo, como si las llamas fueran las cálidas manos de una mujer dulce y comprensiva. Abandonó su cuerpo y acomodó sus miembros al lado del fuego, entregándose por completo a aquella sensación de calma y bienestar. Recorrió con su mirada el techo de la gruta y dirigió los ojos hacia las paredes: musgo, plantas sedientas adheridas a la humedad, restos de suciedad producida por el roce de los cuerpos. Mas, repentinamente, advirtió que, en el fondo, el techo descendía casi en vertical, haciendo que se formara una pequeña concavidad cuyas paredes parecían tener un color diferente, y una leve ansiedad hizo presa en su pecho.

Sin apartar los ojos de aquella oquedad, tomó uno de los palos de la lumbre y, utilizándolo como antorcha, avanzó lentamente. No sabía qué lo atraía, qué atrapaba su mirada.

Mientras andaba, veía que las paredes de la cueva estaban cada vez más secas y la humedad disminuía hasta desaparecer por completo. El frío remitía, el suelo estaba cubierto de una arena completamente seca y, poco a poco, todo le fue pareciendo más cálido.

Cuando llegó a la boca del estrechamiento, levantó la antorcha y en un instante el techo de la gruta se mostró ante él, palpitando a la luz de las llamas. Atónito, vio que estaba cubierto de pinturas que iban descendiendo hasta cubrir las paredes por completo. Sin poder apartar los ojos de los dibujos, comprobó que estos se deslizaban suavemente desde el techo, como si imitaran así la misma humedad que tapizaba el resto de la cueva.

Intentó tranquilizarse. Inspiró hondamente, acompasando los latidos de su corazón al ritmo de su respiración; entornó los ojos un momento y, muy despacio, volvió a abrirlos, arropado por el calor de su propia emoción al contemplar los dibujos.

A la luz de la antorcha, el techo de la cueva parecía acercarse a sus ojos. Prometeo observó aturdido las pinturas de aquel extraño lugar, mucho más seco que el resto de la cueva. Al principio no fue capaz de percibir ninguna secuencia, ningún orden, pero, poco a poco, como si la tranquilidad que iba adueñándose de su ánimo contribuyera a difuminar la oscuridad de la gruta, una sucesión de imágenes, una suerte de encadenamiento entre escenas, fue apareciendo con claridad ante sus ojos.

Recorrió con la antorcha el contorno del techo y las paredes, intentando percibir la lógica oculta de aquellas pinturas que parecían sucederse unas a otras en una secuencia

temporal. Percibió un trabajo de muchos hombres, a lo largo de mucho tiempo, pues varios estilos muy distintos se mezclaban en una suerte de extraña procesión: había escenas primorosamente dibujadas, otras, en cambio, aparecían toscas o esbozadas con torpeza, dando fe de los diferentes autores de aquel increíble friso.

Entonces vio que en la transición de las paredes con el techo había dibujadas unas manos extendidas. A la luz de la antorcha comprobó que en realidad no se trataba de dibujos sino de verdaderas huellas: manos abiertas impregnadas con los mismos pigmentos que habían servido para los dibujos; algunas tenían los dedos largos; otras, cortos; algunas eran grandes, otras, tan pequeñas que parecían de niños.

Detuvo la mirada en algunas escenas y todo su ser transitó hacia épocas remotas. Un escalofrío le recorrió la espalda: ante sus ojos se describía una especie de viaje, un recorrido que parecía más temporal que espacial. Acercó la tea un poco más intuyendo que en aquella pared estaba representada la historia de los hombres. Recorrió todas las escenas y adivinó que las que estaban dibujadas en el techo eran las que se remontaban más atrás en el tiempo, como si sus autores hubieran creído suficiente aquel espacio que, como el cielo, se extendía por encima de sus cabezas.

Prometeo se tumbó en el suelo, respirando hondo y tratando de calmarse. Entonces percibió calor y notó que el lugar sobre el que se encontraba estaba extrañamente tibio. Palpó la arena, acarició con los dedos las briznas de hierba seca y, poco a poco, fue comprendiendo que aquel era un recinto de culto, lleno de una energía extraña, nacida directamente de la tierra.

Cogiendo del suelo hierba y ramas secas, hizo un pequeño ovillo y encendió una nueva hoguera, que fue alimentando hasta que la luz tiñó de un color anaranjado todos los contornos de la estancia. Coloreadas por el fuego, las pinturas aparecieron ante los ojos del titán con una nitidez extraña, cargada de misterio.

Efectivamente, en el cielo de la gruta estaba dibujada la historia del hombre. Las figuras, los paisajes y los símbolos eran más toscos en una de las esquinas, como si allí los primeros autores, los pioneros de aquel relato en imágenes, hubiesen comenzado su narración de una manera ruda que, a lo largo de las sucesivas generaciones, se había ido perfeccionando, consiguiendo que las imágenes se fueran haciendo cada vez más evocadoras.

Entonces, echado sobre aquel suelo, respirando pausadamente e intentando contener sus emociones, Prometeo descubrió que en el mismo techo podían observarse ya las líneas maestras de una narración imaginativa y se esforzó por captar toda la secuencia. Con la sangre helada por la emoción, comprobó que él mismo también formaba parte de esa historia, como si los hombres hubieran reconocido la importancia de su intervención en los acontecimientos. No se atrevió a fijarse en las figuras que lo representaban, agobiado por un incomprensible pudor, aturdido por la posibilidad de que aquellos hombres hubieran interpretado mal su propia historia, pero no pudo evitar verse encadenado a la roca del Cáucaso; contempló también al águila rasgándole el vientre y, como si lo reviviera de nuevo, se regocijó ante la representación de Hércules matando al animal de un flechazo y rompiendo las cadenas que lo aprisionaban a la roca.

Casi paralizado, contuvo de nuevo la respiración y se dispuso a contemplar la historia de la humanidad con la esperanza de que los hombres, salvados a costa de su propio martirio, hubieran sido capaces de comprender lo que había hecho por ellos.

◇◇◇

Urano y Gea, el cielo y la tierra, parecían contenerlo todo. Su abrazo, inmenso y resonante, había generado una ola de calor que, poco a poco, había hecho del caos un todo reconocible y ordenado. Era la época del nacimiento del mundo, el tiempo de la creación. Ante los ojos de Prometeo, la secuencia del comienzo de la vida, la aparición de los primeros seres, informes unos, hermosos otros, se desarrollaba con claridad, igual que si su autor, o sus autores, hubieran tenido el privilegio de observar las cosas desde un lugar distante.

En un instante, Prometeo contempló a su propio padre, Jápeto, y a su madre, Clímene, cogidos de la mano, iniciando un camino que se prolongaba a través del tiempo. Vio a Ponto, teñido de azul, a los cíclopes, con su terrible cabeza monócula, a los temibles hecatonquiros, con sus cien brazos agitándose como cabellos hirsutos sacudidos por el viento... Mas, por encima de ellos, omnipresentes, Gea y Urano lo envolvían todo, lo presidían todo. El color blanco predominaba, como si los autores hubieran querido resaltar la luz de la creación frente a la oscuridad del caos primigenio.

Sin embargo, en un momento dado la escena se interrumpía. Una línea vertical, incisa en la superficie rocosa del techo de la cueva, parecía marcar una transición entre ese episodio y el siguiente. A la derecha, el color que predominaba era el

del oro, pues el sol derramaba sus rayos bañándolo todo de un tinte dorado: ríos de miel parecían correr por los valles; árboles cuajados de ramas de las que pendían frutos brillantes, pulidos, refulgentes con el color del oro, y, por encima de todo, aparecía Crono, el hijo de Urano, cercenando los genitales de su padre con una hoz bruñida, áurea, que destellaba en su filo.

Las figuras de Urano y Gea, blanquecinas, parecían difuminarse poco a poco y Prometeo contempló el contraste del color blanco del tiempo de la creación con el tono dorado que impregnaba todas las escenas siguientes. Sin darse cuenta, dejando que su imaginación volara al mismo ritmo que la de los creadores de aquella asombrosa maravilla, imaginó que el oro simbolizaba para aquellos hombres el comienzo de una nueva época, brillante y feliz, una verdadera edad de oro en la que Crono, el gran dios hijo de Urano, lo presidía todo.

Bajo el poder de aquel dios, el mundo se iba llenando de nuevas criaturas: la Noche, las hermosas nereidas, las oceánides, los ríos y él mismo, acompañado de sus hermanos: Atlas, Epimeteo y Menecio. Abrió el titán los ojos de par en par, intentando captar todos los matices, y su mirada se dirigió al mar, donde los genitales de Urano eran arrastrados por la corriente hacia el este y a su alrededor iba surgiendo una blanca espuma, borboteando como los rociones de las olas.

Excitado y nervioso, asombrado por lo que estaba contemplando, Prometeo apenas podía contener su ansia por abarcar toda la narración. Detenía la mirada en algunas figuras, pasando otras por alto, confiando en prestar atención más tarde a todos los detalles, y así, ante sus atónitos ojos,

desfilaron algunos de los seres que poblaban ese tiempo dorado: gorgonas, harpías, la esfinge, la quimera, la terrible Equidna, el can Cerbero, y otras tantas criaturas aterradoras que parecían estar permanentemente en guardia, como si un peligro, indefinible pero mortal, las acechara.

Mas la secuencia continuaba y, de nuevo, apareció un tiempo de transición en el que Crono, altivo y poderoso rey del cielo, iba encogiéndose según avanzaba el relato. Incrédulo, intentando dominar su entusiasmo, el titán percibió la increíble lucidez del conjunto: en la primera parte, la que describía la época de la creación, la figura de Urano parecía abarcarlo todo; en el espacio siguiente, dedicado a los tiempos dorados, era Crono el que dominaba el cielo y la tierra; en la siguiente y maravillosa secuencia, los ojos de Prometeo contemplaron a Zeus ayudando a salir del vientre de Crono a sus hermanos, devorados por su propio padre para evitar que lo destronaran. El gran hijo de Crono, el dios que lo había condenado por ayudar a los hombres, iniciaba a continuación una guerra por la posesión del cielo, en la que se vio a sí mismo combatiendo contra los titanes, miembros de su propia raza y aliados de Crono.

Por un instante, buscó a los hombres en la sucesión de escenas, pero apenas los vio. Aparecían como seres insignificantes, perdidos en la inmensidad de un mundo frío y hostil, abandonados por todos a su suerte. La humanidad aparecía en los dibujos como motas de polvo, como flecos de niebla perdidos en un océano infinito. Prometeo traspasó entonces con los ojos la nueva incisión que aparecía en la roca, acercó la antorcha y vio que todo cambiaba de nuevo de color: los ríos refulgían con destellos de plata, las flores

parecían reflejar una luz blanca y brillante, y el mar destellaba con pequeños fogonazos grises, haciendo que las crestas de las olas se confundieran con el brillo de los astros. Todo el mundo estaba teñido de un color grisáceo y brillante, como si un tiempo de plata hubiera sucedido a la edad dorada. Se trataba de una nueva época en la que Zeus lo presidía todo.

El titán apartó su cuerpo de la hoguera para que la luz llegara con nitidez al techo de la cueva y, entonces, sintió un escalofrío profundo, una sacudida brutal. Algunas lágrimas comenzaron a fluir de sus ojos cuando se vio a sí mismo engañando a Zeus ante los despojos de un animal sacrificado, tratando de favorecer a los hombres; contempló luego al dios apagando todas las hogueras de la tierra y, de nuevo, se reconoció delante de una caverna, enseñando a un hombre los secretos del fuego.

En las secuencias siguientes, el mundo parecía llenarse de calor mientras que el gran Zeus, burlado, bramaba terriblemente. Los hombres, antes perdidos y olvidados, diminutos como hormigas, parecían crecer alrededor de las hogueras; sus figuras se agrandaban y ocupaban cada vez más espacio, ganando terreno al cielo, ganando terreno a los dioses. Pero al lado de esas figuraciones Prometeo se vio a él mismo encadenado a la montaña, con todo el cuerpo teñido por el color rojo de la sangre, con el rostro crispado, las manos abiertas y los ojos inundados de tristeza.

Cuando pudo sobreponerse, observó que los hombres iban siendo cada vez más numerosos según avanzaba el desarrollo de la escena. Mas, de repente, una figura sobresalía sobre todas las demás. Ante sus ojos, se destacaba la figura de una mujer. Al reconocerla, toda su alma se estremeció de nuevo.

Recordó una vez más su vida, su enfrentamiento con Zeus, su sufrimiento, y por un instante, al contemplar la imagen, tuvo de nuevo la certeza de que su plan se había cumplido.

Recostó el cuerpo sobre el cálido suelo de arena de la cueva, cerró los ojos y, con la imagen de aquella primera mujer clavada en su mente, rememoró la secuencia de las pinturas con la esperanza de comprender qué había sucedido en la Tierra durante los innumerables días de su cautiverio. Todo su cuerpo se relajó, una infinita sensación de calma se apoderó de su ánimo y, como si las imágenes de aquella gruta cobraran vida en su mente, finalmente comprendió.

2

La primera mujer

Hefesto estaba inclinado sobre la tierra. Sus piernas eran deformes y en su cara se dibujaba el oscuro reflejo del dolor físico. Acostumbrado a la penumbra de su fragua, en las entrañas de la isla de Lemnos, sus ojos parecían pequeñas hendiduras abiertas en la oscura muralla de una fortaleza, y su piel, agrietada por el sol y el calor, tenía el aspecto de la tierra seca.

Su respiración era pausada; su mirada, ausente. Las manos, curtidas por el calor de los fuelles de la fragua, eran como de cuero viejo, y sus dedos parecían las garras de una fiera. Delante de él se erguía una figura hecha de barro y agua, primorosamente modelada, que el dios recorría con la mirada, sintiéndose orgulloso de su obra; de vez en cuando retocaba algún detalle: afinaba la nariz, redondeaba la cadera, agrandaba las cuencas de los ojos...

Su padre, el poderoso Zeus, le había ordenado modelar una criatura hembra, a semejanza de las diosas, para entre-

gársela a los hombres, y estaba decidido a no defraudar a su exigente progenitor. Sus dedos se movían con una primorosa agilidad, completamente ajena a su aspecto, y acariciaban la estatua de barro con una delicadeza infinita; poco a poco, iban dando al cuerpo el aspecto de la carne: músculos suaves, venas que parecían latir con el impulso de un corazón invisible, manos blandas y delicadas, proclives a la caricia. Las piernas eran largas; los muslos, esbeltos. Los pechos, turgentes, parecían moverse al ritmo de una respiración imaginaria y todo el torso confluía en un vientre del que se desprendía una sensación cálida y acogedora, como si fuese la antesala de un palacio cargado de misterios.

Mientras esperaba la llegada de Zeus y los demás dioses, Hefesto contemplaba su obra lleno de satisfacción, viendo en ella los rasgos de su esposa, Afrodita, su imaginaria modelo. Por más que la miraba intentando encontrar algún defecto, alguna parte desproporcionada, alguna irregularidad que rompiera la perfecta armonía entre las partes, no conseguía descubrir nada que supusiera exceso, imperfección, impureza. Una y otra vez se alejaba unos pasos y la observaba con perspectiva, pero volvía de nuevo, despacio, convencido de que aquel cuerpo de hembra mortal era lo mejor que había creado jamás.

Mientras se complacía, no dejaba de pensar en Prometeo, a quien iba a encadenar para siempre a un risco en las montañas del Cáucaso. No conseguía borrar de su mente el rostro del titán: sus ojos, el arco de su frente, el rictus de sus labios, pues, aunque aquel desgraciado estaba completamente derrotado, vencido por Zeus, el dios herrero había tenido la impresión de que algo compensaba su sufrimiento, como si,

haciendo honor a su nombre, Prometeo hubiera previsto de antemano lo que estaba sucediéndole. Hefesto recordó que la última vez que habían cruzado sus miradas, creyó haber visto en sus ojos algo más que miedo, algo más que tristeza, y tuvo la impresión de que, a pesar de sus desgracias, el titán albergaba en su corazón un hueco para la esperanza.

Mas ahora, a punto de cumplirse la sentencia contra él, Zeus se disponía a castigar a los hombres, aquellos seres por quienes Prometeo había sido tan terriblemente condenado. Contemplando la figura de barro que tenía ante sus ojos, Hefesto se preguntaba por qué razón había creído percibir un atisbo de esperanza en el ánimo del titán. ¿Qué podía esperar Prometeo de Zeus? ¿Acaso aquella figura femenina formaba parte de un plan premeditado para engañar de nuevo al poderoso y arrogante dios? ¿Cómo había osado enfrentarse a un ser infinitamente más fuerte que él? Las preguntas se acumulaban en su mente, pero no era capaz de encontrar una respuesta. Con un gesto de indiferencia, el divino herrero dejó a un lado las tribulaciones de Prometeo y dirigió la vista y la atención hacia su obra.

Volvió a contemplarla despacio y decidió que, por fin, estaba terminada.

⋄⋄⋄

Zeus movió la cabeza a un lado y a otro, tratando de relajar la tensión de su cuello. Un crujido seco y sonoro se oyó entre los roquedos de la montaña sagrada, como si el tronco de un gran roble se hubiera quebrado de repente, y los demás dioses se encogieron. Hefesto esperaba ansioso el veredicto de su padre, que contemplaba su estatua de barro con ojos inexpresivos.

Hasta que de improviso, en el rostro de Zeus se esbozó una sonrisa, un ademán de complacencia. Se acercó a su hijo y le puso las manos sobre los hombros en un gesto de franca aprobación.

—Estoy impresionado —dijo con asombro—. Yo mismo sucumbiría a los encantos de esta figura que has creado con tus manos.

—No he hecho otra cosa que cumplir tus órdenes, padre —dijo Hefesto, azorado y satisfecho a la vez.

Entonces Zeus se volvió hacia los demás dioses, entre los que se encontraba Prometeo, maniatado, a punto de partir hacia el lugar de su castigo. El titán tenía el rostro entristecido y su cuerpo parecía estar aplastado por el peso de la desgracia. Zeus lo miró de soslayo: su gesto era amable, pero su corazón rezumaba el ácido veneno de la venganza. Cuando comenzó a hablar, lo hizo ignorando por completo su presencia.

—Prometeo creyó que podía engañarme impunemente y burlar mi inteligencia cuando robó el secreto del fuego para entregárselo a los hombres. Miradlo ahora, sufriendo las consecuencias de su conducta irreflexiva, agobiado por todas las desgracias que se ha causado a sí mismo y a quienes pretendía proteger con sus actos.

Calló un momento, calibrando el efecto que causaban sus palabras, cargadas de autoridad y preñadas de una sutil amenaza. Clavó los ojos en su hermano Poseidón, el dios de los mares, celoso de su poder, y en su esposa Hera, siempre dispuesta a contrariarlo, intentando hacerles comprender que su discurso también iba dirigido a ellos.

El silencio se hizo espeso; la tensión, patente. Los demás inmortales, encogidos ante la autoridad de Zeus, esperaron,

sin mover un solo músculo, a que el indiscutible rey del mundo continuara su discurso. A su lado, Prometeo permaneció abatido, pero de sus ojos, fijos en la figura de barro, emergía un destello apenas perceptible, que solo Hefesto fue capaz de percibir.

—Voy a dar a los hombres un regalo envenenado —prosiguió Zeus—, un mal con el que todos ellos, pobres infelices, se alegrarán, acariciando cada día su propia desgracia. Dejaré que tengan el fuego, pero, a cambio, conocerán el miedo, la enfermedad, el sufrimiento y la discordia. Y entonces, agobiados por males que desconocen, se acercarán todavía más a nosotros.

Así habló el padre de los dioses. Se dirigió luego hacia la estatua de barro y la contempló; la acarició con suavidad, complaciéndose en ello, y admiró cada una de sus líneas, cada detalle; la rodeó una y otra vez, fijándose en cada parte, sin saber decidir qué le parecía más perfecto, más seductor. Luego extendió los brazos, cerró los ojos y, delante de todos los dioses, se dispuso a terminar la obra de su hijo.

Tomando la fría figura entre sus manos, la abrazó con suavidad, abarcándola por completo, juntando su vientre con el de ella, sintiendo sus pechos, notando sus muslos. Entonces, despacio, aquel cuerpo hecho de barro fue adquiriendo el color de la carne y sus helados miembros se inundaron del calor de la sangre. Envolvió el dios el rostro de la muchacha con sus manos y, cubriendo los labios de barro con los suyos, insufló en su interior el hálito de la vida.

Ante la atónita mirada de todos los dioses, la criatura creada por Hefesto profirió un leve suspiro, sus ojos se abrieron despacio intentando hacerse a la luz del mundo y sus brazos

se encogieron y se juntaron sobre su pecho en un movimiento instintivo para procurarse calor. La brisa, templada, hizo que su piel se contrajera levemente, erizándose en pequeños puntos, como la superficie del mar al ser acariciada por la brisa del amanecer. Sus labios se entreabrieron y emitieron un sonido cálido, melodioso, que ninguno de los dioses pudo considerar todavía una palabra. Aquella criatura respiraba, pero no vivía todavía.

Mirando al angustiado Prometeo de soslayo, Zeus llamó a su hija, la impresionante Atenea, y le pidió que enseñara al ser recién nacido las habilidades manuales y las delicadas artes por las cuales la sabia diosa era admirada entre los dioses. Reclamó también la presencia de la dorada Afrodita, y a esta le ordenó que llenara su rostro de gracia natural: ojos profundos, sonrisa encantadora, pómulos pronunciados y labios seductores, dispuestos para el amor y la palabra. Afrodita asintió inmediatamente, encantada, ilusionada por aquella petición que la sacaba de su aburrida rutina y borraba, al menos por unos instantes, la dura obligación de servir a Hefesto, el dios al que había sido entregada como esposa por orden del mismo Zeus.

—Ahora adorna su cuerpo con una irresistible sensualidad —añadió Zeus— y haz que de su boca fluyan los cautivadores halagos que hechizan a los hombres. Consigue que su belleza se convierta en una promesa de gozo y que todos los hombres, al mirarla, se sientan atrapados en una telaraña indestructible.

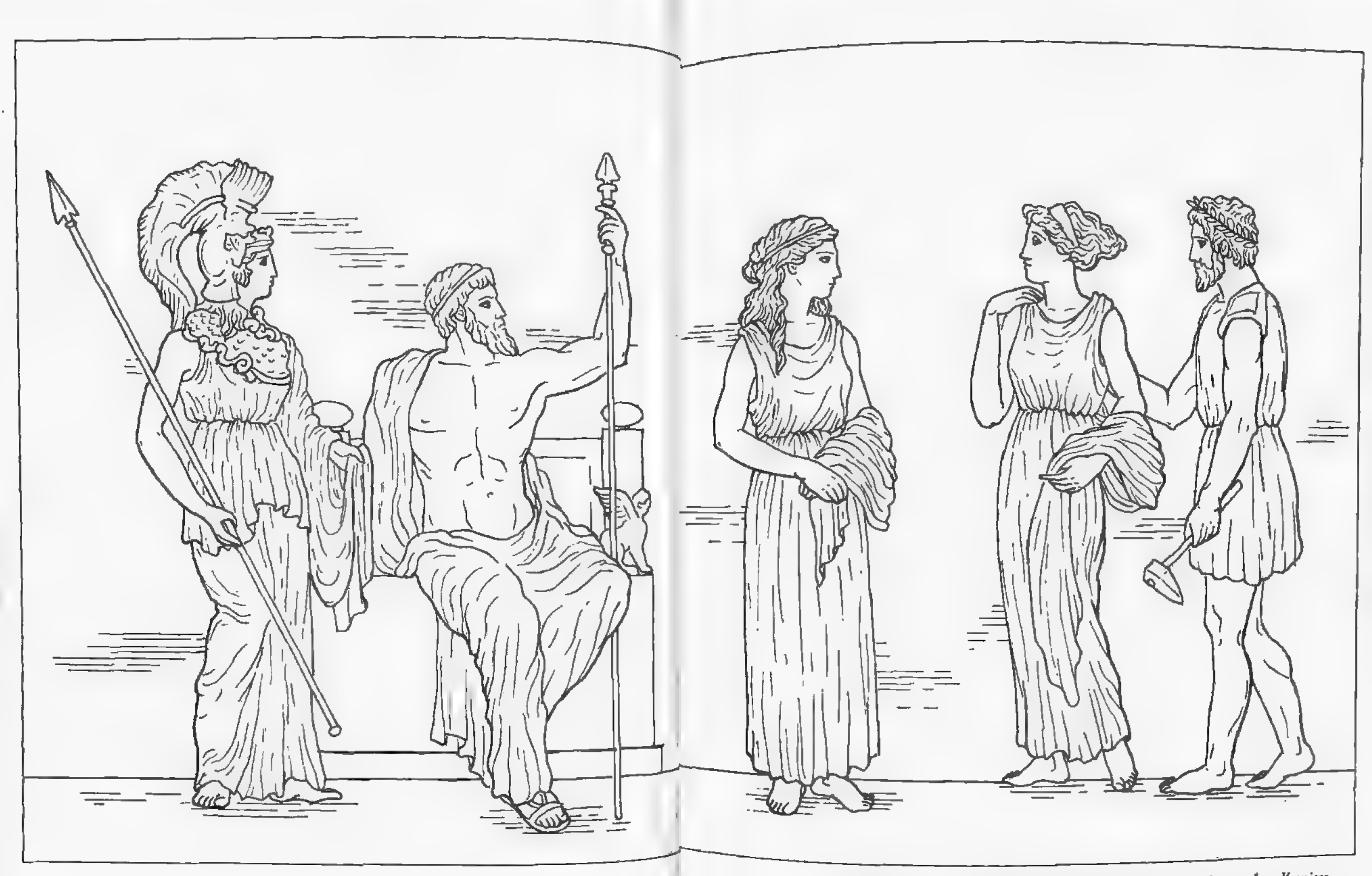
Afrodita asentía con una sonrisa en los labios, ansiosa por poner en práctica las órdenes de su padre. Se acercó a la mujer que, con rostro hermoso pero inexpresivo, parecía mirar hacia otro mundo, desconcertada ante la presencia de los

inmortales. Alargó las manos y la acarició despacio, apretándola levemente con las yemas de los dedos, y poco a poco, la blanca tez de aquella criatura nacida del agua y de la tierra fue perdiendo su blancura, su fría y seca consistencia. Los dedos de Afrodita iban tiñendo del color de la carne todo el cuerpo y, lentamente, igual que la aurora viste de rosa los primeros instantes de la mañana, aquel cuerpo creado como castigo para los hombres se vistió con el color de la vida.

En unos instantes, el rostro de la mujer abandonó la pétrea frialdad de las estatuas: sus ojos se llenaron de luz, se le humedecieron los labios, el mentón se tornó altivo, hermoso; sus manos comenzaron a moverse con gracia, igual que si acariciaran un instrumento musical tan suave y ligero como el aire, y sus piernas perdieron la apariencia de severos troncos, duros como la madera del roble, para transformarse en suaves, fuertes y cálidas columnas, base de un cuerpo moldeado por las leyes de la belleza.

Mas, en medio de aquella amable ceremonia, ante la cual los propios dioses parecían cautivados, Zeus llamó a otro de sus hijos, Hermes, su mensajero, fiel transmisor de sus mandatos pero, también, cínico, audaz y taimado, capaz de usar sin reserva las torcidas armas de su aguda inteligencia. Cuando este estuvo delante de la criatura, el soberano celeste pronunció unas palabras que rompieron la cordial atmósfera de la escena:

—Hermes, hijo mío, sagaz y sutil, haz que esta criatura, concebida para ser entregada a los hombres, albergue en su corazón indiferencia; haz que su naturaleza sea proclive a los ardides; dótala de una mente desenvuelta y concédele un carácter voluble.



El bello cuerpo de barro que había creado Hefesto cobró vida ante los olímpicos.

Inmediatamente, como si las palabras de Zeus se fueran cumpliendo al mismo tiempo que eran pronunciadas, los ojos de la mujer se velaron con el indefinido color de la apariencia, sus labios esbozaron una sonrisa esquiva y todo su cuerpo experimentó un sutil cambio. En un instante, Zeus comprendió que Hermes había cumplido su orden con habilidad y rapidez, y, ante la atenta mirada de todos los inmortales, aquel rostro, hasta ese momento cargado solo de belleza y sensualidad, pareció adquirir la destreza de utilizar, sin causa alguna, el llanto y la risa; sus ojos lograron la capacidad de expresar sin esfuerzo la verdad o la mentira; su frente se arrugó levemente, sugiriendo dolor, y, al mismo tiempo, se tornó suave y tersa, insinuando placer; su boca se abrió y dejó escapar palabras hermosas y seductoras, dulces como la miel, capaces de reflejar amor, pero, en un instante, con la misma dulzura, inundó los oídos de los inmortales del sonido del despecho.

Después, siempre siguiendo las órdenes de Zeus, Atenea la vistió con un hermoso peplo blanco, ajustó a su cuerpo todo tipo de adornos y engalanó su frente y su cabeza con guirnaldas; las gracias colocaron en su cuello un brillante collar mientras las horas trenzaban sus hermosos cabellos con flores de primavera, y cada uno de los inmortales se acercó y dio a la criatura alguna de sus habilidades y alguna de sus torpezas, hasta que el propio Zeus se dio por satisfecho.

Prometeo observaba en silencio el espectáculo; su rostro reflejaba consternación, pero, aun así, en sus labios se dibujó de nuevo, apenas insinuada, una encubierta sonrisa.

En ese momento, Hermes tomó la palabra.

—Serás una hembra humana, una mujer a la que llamaremos Pandora, el regalo de todos, pues todos los dioses inmortales te hemos concedido un presente acorde con nuestra propia naturaleza. De ese modo serás, como desea mi padre, la perdición para los hombres, que te acogerán sin darse cuenta de que acogen también su propia ruina.

Zeus alabó las palabras de su hijo y asintió con gesto satisfecho. Miró a los demás dioses y ordenó que se retiraran a sus aposentos. Hefesto, empero, se dirigió hacia donde estaba Prometeo y, cumpliendo las órdenes de su padre, se alejó con él hacia el lejano Cáucaso, donde debía encadenarlo a una de sus cumbres. El desdichado hijo de Jápeto no miró hacia atrás: con el cuerpo erguido y los labios tocados una vez más por una imperceptible sonrisa, desapareció lentamente del mundo, dispuesto a enfrentarse con su destino.

Entretanto, Zeus urdía con Hermes, el fiel ejecutor de sus deseos, un plan para llevar a Pandora a la Tierra.

◦◦◦

—¿Qué es esa especie de jarra? —dijo Hermes al ver por primera vez la extraña caja que estaba junto a Zeus.

—Veo que eres observador, pero, en este caso, ni siquiera tú debes saberlo.

Zeus contemplaba el rostro de su hijo, que parecía algo contrariado por la respuesta. Se acercó a él y continuó revelándole sus intenciones:

—Esa caja que has visto forma parte esencial de mi castigo a los hombres. La llevarás a la Tierra, junto con Pandora, cumpliendo mi voluntad. —Hermes asintió, sin atreverse a formular más preguntas, y, con el ánimo inquieto, esperó a que su padre continuara—. Conducirás a la mujer hacia el lugar donde vive Epimeteo, hermano de Prometeo, y la

dejarás cerca de la gruta que habita. A su lado depositarás también esta caja. —Zeus adoptó entonces un semblante serio y puso la mano sobre el hombro de su hijo—. Es muy importante que ordenes a Pandora que, de ninguna manera, por ninguna razón, abra la caja. No añadas nada más; su naturaleza voluble y curiosa hará el resto.

Tras estas palabras, el gran dios se alejó despacio y Hermes se quedó solo, junto a aquella mujer que, volviéndose hacia él, pareció despertar de su letargo.

—Acompáñame, Pandora —dijo el dios mensajero extendiendo la mano.

La mujer, con gesto inexpresivo, lo siguió, dejándose conducir mansamente. El viento agitó sus cabellos e hizo que la suave tela del peplo se pegara a la piel de su cuerpo, de forma que el mismo Hermes tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por el deseo. Sujetando fuertemente a la mujer, el dios mensajero recordó las palabras de su padre y descendió hacia la Tierra llevando consigo los dos regalos de los dioses. Uno era la estatua de barro convertido en carne; el otro, una caja cuyo contenido solo conocía el rey de los dioses. Acariciada por el viento, la caja se movía en las manos del dios como una pequeña barca agitada por las suaves ondas de la superficie de un estanque.

◦◦◦

La tierra parecía humear, abrazada por la niebla. En muchos lugares Hermes contempló los oscuros rastros del fuego: campos ennegrecidos, restos de animales sacrificados... Sin embargo, el humo ya no era solo el símbolo del bienestar de los hombres, sino también la prueba palpable de su carácter



Hermes descendió a la Tierra con Pandora, intrigado por el presente de su padre.

cada vez más violento. Aquel mundo estaba empezando a consumirse poco a poco.

La aldea más cercana a la cueva de Epimeteo emergía de las tinieblas de la noche con las primeras luces del alba. En algunas chozas el humo de los hogares encendidos comenzaba a teñir, con su serpenteante silueta blanca, el cielo de la madrugada, y un olor a madera quemada llenaba el aire de un aroma agradable. Hermes apareció entre la bruma llevando a Pandora de la mano y, tras susurrarle algo al oído, la dejó sola, a las puertas del poblado, decidido a que los hombres la vieran antes que el propio Epimeteo; la mujer parecía rígida, insensible, ajena a todo, como si, en realidad, fuera solamente una estatua de carne y hueso.

Entonces el dios, recorriendo con los ojos todo el cuerpo de Pandora, la miró fijamente desde lejos y, como si el calor de un fuego interno se hubiera producido de repente, la criatura, la dádiva de todos los dioses a los hombres, se fue llenando de vida nuevamente. Su inexpresividad desapareció por completo: los ojos destellaron, la boca se entreabrió y el corazón empezó a latir con fuerza. Pandora dio sus primeros pasos por sí misma, alejándose de la tutela del dios, y las sensaciones inundaron sus sentidos: el frescor del aire, el olor de la leña, la humedad en sus labios y un irresistible deseo de andar, de dirigirse hacia un lugar que ni ella misma conocía.

Hermes la vio alejarse; contempló su hermoso cuerpo, la ondulada silueta de sus cabellos y el dulce balanceo de su cintura. Cuando alzó el vuelo para regresar al Olimpo, la imagen de Pandora le recordó a la de una hermosa nave que, deslizando su cuerpo con la delicadeza de un delfín, penetra en un puerto en cuyo interior se amontonan toscos esquifes

amarrados a un muelle umbrío y solitario. El dios cerró los ojos, juntó los brazos y dejó que su cuerpo volara, como un halcón, hacia las cumbres del Olimpo, imaginando el efecto que habría de causar entre los habitantes de la aldea la presencia de Pandora.

A la luz del alba, los hombres comenzaban a salir de sus chozas. Con rudimentarios recipientes de madera en las manos se dirigían a un manantial con la intención de recoger agua. Llevaban el cuerpo cubierto de pieles gastadas por el uso, descoloridas y ralas, de las que se desprendía un olor agrio y dulzón que hirió el olfato de Pandora. Al principio no repararon en la presencia de la mujer, pero, de repente, uno de ellos, atónito, la vio. Pandora, presa igualmente del asombro, se detuvo, dejando que la observaran con detenimiento. No hubo palabras, solo algunos quejidos y gruñidos dispersos. Aquellos seres rudos, acostumbrados a los quehaceres de la supervivencia, no habían visto nunca nada igual. La contemplaban como a un animal extraño, pero se sentían poderosamente atraídos por ella: unos olisquearon el aire intentando percibir con su olfato alguna tímida señal, otros se acercaron un poco más y tocaron con las yemas de los dedos su cuerpo, retirándose inmediatamente al sentir su calor, la extraña blandura de su carne, el exquisito tacto de su vestido... Los hombres agitaban sus cabezas y dejaban que sus manos se movieran convulsivamente, arriba y abajo, como si intentaran desprenderlas de las muñecas.

Pandora los observaba también, complacida por el efecto que causaba en ellos. Entonces, repentinamente, todo su ser experimentó una pequeña sacudida interior, una dulce explosión de calor que la inundó por completo, y notó que

sus sentidos absorbían nuevas sensaciones: los ojos captaron la luz y las sombras, su olfato multiplicó la intensidad de los olores, sintió todo su cuerpo abrazado por el aire, el humo y los delgados flecos de la niebla, y cada poro de su piel percibió el tacto de la vida. Su mente se despejó, su memoria comenzó a transmitirle imágenes y, en un instante, resonaron en su cabeza las palabras de Zeus: «Dirígete a la cueva de Epimeteo. Seduce su mente, abraza su cuerpo y enséñale lo que es una mujer».

Entonces, un calor todavía más profundo, una sensación de humedad cálida e íntima, la inundó dulcemente. En su interior se despertó el deseo y notó que todo su cuerpo se transformaba por dentro, invadido por un río de sensaciones cuyos síntomas no la desconcertaron. A su alrededor, el grupo de hombres seguía paralizado, incapaz de reaccionar. Pandora solo veía que algunos parecían remover la tierra con los pies, otros emitían ligeros aullidos, dejando escapar de la garganta un sonido sibilante y agudo que desbordaba su boca mezclado con gotas de saliva.

—¿Dónde vive Epimeteo? —dijo Pandora de repente.

El sonido de su propia voz le produjo un grato placer. Le pareció dulce, melodiosa, y sintió la necesidad de seguir hablando para escucharse a sí misma. Entonces miró a los hombres, esbozó una sonrisa y, en un instante, supo que ejercía un enorme poder sobre ellos.

Uno levantó tímidamente el brazo y señaló con el dedo índice un camino que ascendía hacia la parte alta del asentamiento, rodeada por un bosque; a lo lejos, Pandora creyó ver una oquedad, la oscura boca de una cueva. Al mirar hacia allí, los gestos de los hombres no solo indicaban el lugar en



que vivía el titán, sino, especialmente, temor, respeto, veneración, pues todos sabían que Epimeteo era un dios.

Sin decir nada más, obedeciendo un mandato que iba más allá de su entendimiento, Pandora comenzó a andar con el deseo inflamando todo su cuerpo. Entonces reparó en que, sujeta contra su pecho, llevaba una caja, y, vagamente, algunas palabras vinieron a su mente de nuevo: «No abras esa caja. Pase lo que pase, veas lo que veas, sientas lo que sientas, no abras la caja».

Inmediatamente sintió una irreprimible sensación de curiosidad; sus manos se tensaron sobre la tapa: notó su suave tacto, la facilidad con la que podría levantarla, el placer de ver lo que ocultaba. Su mente inquieta comenzó a hacerse preguntas: ¿para qué la había traído?, ¿para quién?, ¿debía entregársela a Epimeteo?

Cuando sus dedos estaban a punto de abrirla, la detuvo el impulso irreprimible de seguir andando, de unirse con Epimeteo, así que volvió a apretar la caja contra su pecho y, poseída por el deseo, aceleró la marcha por el sendero que conducía hasta la gruta. Tras ella, inmóvil, petrificado, un coro de hombres murmuraba. Apenas hablaban entre ellos, apenas podían hacer otra cosa que clavar los ojos en el cuerpo de aquella criatura que, enviada sin ninguna duda por los dioses, los había inundado de un deseo tan desconocido como irrefrenable.

El sendero era antiguo, hollado por los infinitos pies que, a lo largo del tiempo, lo habían recorrido para llevar ofrendas y hacer sacrificios en honor del dios solitario que vivía, lejos del Olimpo, en una cueva rodeada por un territorio sagrado dedicado a los sacrificios.

Cuando Pandora se acercó al apartado y solitario lugar en que se encontraba la cueva, los hombres del coro murmurador, incomprensiblemente enardecidos, estaban peleándose junto al manantial.

∞

Epimeteo dormía. En su mente se sucedían las imágenes de un sueño recurrente que se repetía todas las noches: el dios Hermes, sentado junto a su camastro, le anunciaba la llegada de una criatura que habría de completar su naturaleza y hacerle entrar en un mundo desconocido. El heraldo celestial le anunciaba también que aquel ser era un regalo de todos los dioses y que él había sido el elegido para recibirlo.

De pronto, algo lo despertó súbitamente. Confuso, abatido por la constancia de aquel sueño, salió de la cueva creyendo que una procesión de hombres se había congregado frente a la entrada con la intención de ofrecerle algún presente. Su ánimo se regocijó, pues hacía ya tiempo que solamente la compañía de los hombres aliviaba su soledad. Mas lo que vio heló su sangre y detuvo las palabras en el interior de su boca.

Delante de sus ojos había un ser de belleza deslumbrante, abrumadora, cuya atracción era tan poderosa como el flujo de las aguas del mar. Todo su cuerpo lo llamaba: la luz de sus ojos, la curva de sus caderas, las suaves colinas de sus pechos.

Frente a la sensación de opresión que había sentido al despertar, una sonrisa se dibujó ahora en los labios de Epimeteo mientras, erguido ya frente a Pandora, se complacía en contemplarla. En su interior, su cuerpo bullía. Un calor dulce, intenso, se apoderó de sus muslos, su respiración se aceleró, sus manos comenzaron a temblar y, de su boca entreabierta, comenzó a caer un hilo de saliva. Sin dejar de mirarla, notó que su miembro se endurecía como no lo había hecho nunca, pugnando por desbordar los flecos de su ropa. Su voluntad se desvaneció, el mundo desapareció a su alrededor, tragado por la hermosura de Pandora, el sudor recorrió su frente y todos sus sentidos se concentraron en aquel cuerpo de mujer, en sus labios entreabiertos, en su pecho palpitante, en las dulces y flexibles columnas de sus piernas, en la promesa de placer que sugería su vientre.

Por un instante, la imagen de su hermano, sus gritos perdidos en la inmensidad de los abismos del Cáucaso, se filtraron en su mente como un chispazo, y recordó la orden que el desdichado Prometeo le había dirigido muchas veces, antes de ser conducido hasta el lugar de su suplicio: «Hermano, no aceptes nunca un regalo proveniente de Zeus. No lo aceptes, Epimeteo, pues, si lo haces, será el inicio de tu desgracia y la de todos los hombres».

Mas las palabras de Prometeo se difuminaron para siempre en el momento en que la criatura soltó los broches de su peplo y dejó que la ropa se deslizara hasta el suelo. Entonces, al contemplar el cuerpo desnudo de aquella mujer, Epimeteo sucumbió para siempre, atrapado en una red mucho más fuerte que cualquier arma, que cualquier horda de enemigos.

Pandora avanzó hacia él y, una vez dentro de la cueva, hizo que se tendiera sobre el mísero camastro, cubriendo su cuerpo con el suyo, y, en un momento, el titán supo que ningún hombre, por fuerte que fuese, por indestructible que se creyera, podría resistirse nunca al misterio escondido en el cuerpo de una mujer.

3

El secreto de la caja

Desde el borde del Olimpo, Zeus observaba la Tierra. Se complacía en ver los ríos, las montañas, los mares, los campos cultivados... Por todas partes podía percibir la grandeza de su obra y sentir la satisfacción de haber ordenado un mundo antes caótico, presidido por la oscuridad y gobernado por seres extraños, por monstruos, que, afortunadamente, habían quedado encadenados para siempre en las profundidades del Tártaro.

Con frecuencia dirigía su mirada hacia las montañas del Cáucaso, donde Prometeo penaba su atrevimiento de por vida. Algunas veces, cuando contemplaba su sufrimiento y oía sus alaridos, sentía por él una piedad que no había previsto. Le asombraba su capacidad para resistir el suplicio, y, sobre todo, admiraba en él la determinación con que afrontaba el dolor, la condena y la soledad, con el fin de ayudar a la raza de los hombres.

Se preguntaba qué clase de virtudes o de habilidades había visto Prometeo en los hombres que le hicieran soportar semejante suplicio en su nombre. ¿Acaso el titán había tenido razón al creer que aquellas criaturas llevaban en su seno la semilla del futuro?

Con tales pensamientos rondándole la cabeza, Zeus concentró su mirada en la Tierra: vio el humo de las hogueras y sintió el olor de la carne sacrificada en su honor, y en el de todos los dioses; escuchó su nombre en las invocaciones, rezos y ceremonias; comprobó que por todas partes los hombres se dirigían a los inmortales implorando seguridad, rogándoles que la tierra fuera fértil y los inviernos, benignos, suplicando que las desconocidas fuerzas de la naturaleza no arrasaran los escasos campos cultivados.

Los hombres habían empezado a vivir en chozas y a procurarse un atisbo de normas que les permitieran convivir en sus nuevos asentamientos sin disputas constantes. En cierta medida, pensaba Zeus, aquellas criaturas habían avanzado mucho desde los tiempos en que, desperdigados como las semillas de árboles y plantas, andaban por la superficie de la tierra como sombras atribuladas, asediadas por todo tipo de peligros. Mas, a pesar de su innegable progreso, sus espíritus se habían adormilado: no conjeturaban, no exploraban, no parecían interesados en seguir prosperando, y las paredes de sus chozas y las lindes de sus poblados se habían convertido en los límites del mundo que deseaban conocer.

El dios arrugó la frente y entornó los ojos, convencido de que esa era, precisamente, la razón de la inquietud que algunas veces lo asediaba: aquellos seres se habían quedado paralizados, conformándose con lo poco que poseían,

y sus mentes habían renunciado a cualquier clase de conocimiento. Con un gesto de preocupación, comprendió que hacía falta un cambio, un tiempo inédito en que sangre fresca y nuevas inquietudes hicieran progresar al linaje de los hombres. ¿Se habría equivocado Prometeo al depositar su confianza en aquellos seres torpes y desvalidos, incapaces de ver un horizonte más lejano que los límites de sus propias aldeas? ¿Habría aceptado el suplicio en favor de quienes no lo merecían?

A continuación fijó su atención en el lugar donde vivía Epimeteo. Desde la lejanía, el dios percibía tensión contenida y advirtió que la presencia de Pandora había alterado ya el precario equilibrio de la vida. Entonces sonrió. Aquella mujer, la primera hembra humana sobre la tierra, cambiaría el destino de los hombres y haría que conocieran males y desgracias que ni siquiera podían imaginar.

Respiró hondo, sabiendo que Pandora era su instrumento para castigar a esa raza de seres indolentes, y, a la vez, para renovarla o sustituirla por otra estirpe más inquieta, más propensa al deseo de prosperar. Sin embargo, comenzó a pensar que quizá haría falta algo más que la presencia de Pandora para conseguir ese objetivo, y dejó que su mirada se perdiera en el horizonte, vagando por las cumbres de las cordilleras y los desiertos cercanos al mar.

Concentró entonces su atención en las aguas azules de uno de los grandes ríos nacidos del Cáucaso: contempló sus ondas, admiró el plácido discurrir de su cauce y, muy despacio, una idea se fue formando en su mente. Desvió la vista hacia el desierto y contempló otro gran río cuyo curso fluía como el moteado lomo de una serpiente en medio de un



tapiz de arena: sus aguas teñían de verde las riberas, llenando de vida y frescor una franja del desierto. El gran dios volvió a sonreír, convencido de que los nuevos hombres, aquellos que harían cambiar el rumbo de la vida sobre la tierra, verían crecer sus poblados en las orillas de los grandes ríos. Sin embargo, ¿qué ocurriría si aquellos ríos se desbordaban?, ¿quién podría resistir la fuerza de sus aguas desencauzadas?, ¿qué criatura podría sobrevivir en un mundo anegado por las aguas?

En medio de tales pensamientos, dirigió de nuevo la mirada hacia la cueva de Epimeteo. Cerca de la entrada, vio la caja que había llevado Pandora, cuyo contenido solo él conocía. Una sensación de tranquilidad inundó su ánimo, como si en aquel pequeño e insignificante objeto se escondiera una parte del secreto del futuro.

∞

Epimeteo estaba tumbado sobre su camastro, agotado por un placer desconocido e irresistible, más potente que una tormenta, más abrasador que el fuego del rayo. Abrió los ojos con la sensación de haber dormido durante varios días, atrapado por un cansancio delicioso, dulce como la miel. En su cuerpo y en su mente se agolpaban las huellas de aquella noche extraña en la que se había entregado a una experiencia inolvidable.

Buscó con la mirada a la mujer, tratando de cerciorarse de que no había sido engañado por un sueño; se incorporó despacio, la cueva olía a brasas, a humo y a sudor; la recorrió con la mirada, pero no había ni rastro de la criatura. Entonces un aroma agradable, evocador, inundó sus sentidos.

Se tumbó de nuevo sobre la cama y frotó con sus mejillas el lugar donde ella había dormido, aspiró hondamente el perfume impregnado y se encogió sobre el lecho de paja y hojas secas, completamente atrapado por el deseo y la nostalgia, maniatado por una sensación de desvalimiento que hasta ese momento nunca había experimentado.

Entonces, un ruido llamó su atención. Saltó de la cama, cubrió su cuerpo apresuradamente y salió: ella estaba junto a la puerta, inclinada sobre una caja que parecía estar a punto de abrir. Al verlo, una deliciosa sonrisa se dibujó en los labios de la mujer, y un dulce escalofrío recorrió la piel de Epimeteo. Ella dejó por un momento de juguetear con la tapa de la caja, se incorporó y, con un gesto de complicidad, se acercó a él y lo condujo de nuevo al interior.

Mas, en ese momento, muchos ojos estaban clavados en la entrada de la cueva. Los hombres habían abandonado el poblado y, atraídos por una curiosidad irreprimible, se habían dirigido hacia allí. Ninguno se atrevía a decir nada, pero no venían, como antaño, a honrar al titán con ceremonias o sacrificios, sino a desafiarlo: una sensación de agravio, de íntima y feroz rivalidad, se estaba despertando en el interior de sus pechos.

Nunca se habían atrevido a pugnar con aquel ser extraño, muy superior a todos ellos, que parecía atrapado por una melancolía persistente. Sin embargo, ahora parecían dispuestos a enfrentarse a él y asumir las inevitables consecuencias de su impiedad. Ojos febriles escudriñaban la entrada; con las manos tensas y los músculos apretados, aquellos hombres parecían dispuestos a luchar por la posesión de un trofeo más valioso que cualquier otro. Algunos habían traído palos;

otros, piedras; otros, cualquier objeto con el que se pudiera herir a un enemigo.

En el rostro de algunos de ellos podían verse todavía las señales de la pelea que había tenido lugar el día anterior, al lado del manantial, pero una sensación intensa, un dolor mucho mayor que el de las heridas y los golpes de sus rostros, ardía en su interior. Todos anhelaban poseer aquel cuerpo de belleza irresistible; todos experimentaban sensaciones desconocidas, un deseo incontrolable, un ardor que inflamaba su agresividad y dejaba su ánimo dominado por la envidia y el resentimiento.

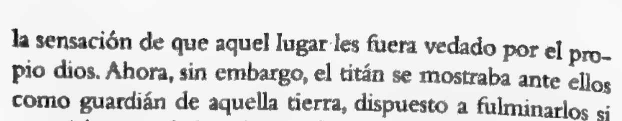
Dentro, Epimeteo pareció percibir su presencia. Con calma, ordenó a Pandora que permaneciera en el interior, indicándole con un gesto autoritario que no intentara desobedecerlo. No sentía ira, sino el deseo irresistible de demostrar que aquella criatura era suya y que no estaba dispuesto a compartirla con nadie.

Cuando salió al exterior vio de nuevo la caja, pero no se detuvo ni un instante a contemplarla. Se encaró, desafiante, con todos los hombres concentrados delante de él; abrió levemente las piernas, colosales como los troncos de un árbol, inclinó la cabeza hacia un lado, dejó que su cuerpo recuperara poco a poco el enorme tamaño de los titanes y, finalmente, los acechó torvamente, manteniendo la mirada a cada uno de ellos, retándolos abiertamente, invitándolos a dar el primer paso.

Mas todos permanecieron quietos; ninguno se atrevió a cruzar el imaginario límite que marcaba el territorio de Epimeteo. Fue una sensación extraña, pues hasta ese momento ninguno de los habitantes del poblado había tenido



Un dulce escalofrío recorrió la piel de Epimeteo cuando el titán vio a Pandora.



la sensación de que aquel lugar les fuera vedado por el propio dios. Ahora, sin embargo, el titán se mostraba ante ellos como guardián de aquella tierra, dispuesto a fulminarlos si no cejaban en el absurdo desafío que los impelía.

Algunos de los hombres, vencidos por un miedo repentino, comprendieron la magnitud del cambio que se había ido fraguando en ellos: habían erigido sus chozas en los lugares que habían querido, habían compartido las fuentes, los caminos y, con frecuencia, las cabañas, sin haber creído nunca que nada perteneciera a ninguno de ellos. Muchas veces, cuando las tormentas, las lluvias o las ventiscas habían derribado alguna de las viviendas, todos habían ayudado a reconstruirla, para que nadie se sintiera solo, abandonado ni perdido ante la furia de la naturaleza. Pero ahora la presencia de aquella mujer había despertado en el interior de cada uno de ellos sentimientos de propiedad, de pertenencia, y todos parecían dispuestos a pelear por conservar lo que, repentinamente, sentían como suyo.

La mirada de Epimeteo transmitía violencia, territorialidad, preeminencia. Todo su cuerpo parecía preparado para el combate; su fuerza y su determinación estaban dispuestas a demostrarles que la actitud impía de los hombres que desafían a la divinidad no podía tener éxito, siempre iba a costarles muy cara. Durante unos instantes, también el titán tuvo sentimientos encontrados, consciente de que, por primera vez, estaba dispuesto a aniquilar a quienes habían sido sus fieles adoradores durante mucho tiempo, y una sucesión de preguntas se agolpó en su mente: ¿por qué?, ¿qué había cambiado?, ¿qué clase de locura impulsaba a esos hombres a desafiarlo?, ¿qué podía esperar si, repentinamente, quienes se habían complacido en considerarlo un dios y le habían

dedicado oraciones, súplicas y sacrificios lo miraban ahora como si fueran una manada de lobos dispuesta a esperar la oportunidad de atacar y abatir la presa?, ¿qué ocurriría si los hombres comenzaban a rivalizar con los dioses sobre una tierra que, hasta entonces, habían compartido sin apenas incidentes entre ellos?

Mas estos pensamientos no le ayudaron a relajar su mente ni pacificaron su ánimo. Miró de nuevo a sus vecinos y vio que, a pesar de estar asustados, sus ojos denotaban envidia y sus sentidos estaban al acecho, esperando la oportunidad de lanzarse hacia delante y violar el territorio sagrado de la divinidad.

En ese momento, sin embargo, algo ocurrió entre los hombres. Sus bocas se entreabrieron y, con gesto maravillado, se inclinaron levemente hacia el suelo mientras retrocedían unos pasos. Epimeteo se puso en guardia, pensando que se hallaba en los instantes previos a la refriega, pero nada ocurrió. El tiempo pareció detenerse; los cuerpos quedaron suspendidos en el espacio en que se encontraban, convertidos momentáneamente en estatuas de carne. De repente, una sensación de calor acarició su espalda y lo hizo volverse muy lentamente. Entonces todas sus dudas se diluyeron, como el fleco de una nube en el cielo del verano.

Tras él, la figura de Pandora se recortaba contra la entrada de la gruta, llenando de una luz extraña la atmósfera de la aldea. Una de las hombreras de su vestido se había deslizado desde el hombro, dejando al descubierto parte de su pecho; los ojos le brillaban con una luz intensa, y de sus labios se desprendía un calor que irradiaba energía a su alrededor. Epimeteo sintió desfallecer sus rodillas y, como los hombres del poblado, se inclinó un poco hacia delante, intentando sujetar el peso de su cuerpo.

En la mente del titán resurgieron de nuevo los sentimientos con los que parecía luchar hacía apenas un instante; se incorporó, tomó a la mujer por la cintura y la atrajo hacia sí, con un gesto de autoridad y posesión ante todos los presentes. Ella no opuso resistencia, aparentemente complacida por aquel inesperado abrazo, y dejó que todo su cuerpo fuera gobernado por los brazos de Epimeteo. No sentía nada, ni alegría ni tristeza, ni placer ni daño, solo la necesidad de complacer al ser al que los dioses la habían destinado.

El titán, en cambio, experimentó una oleada de calor en su interior: sus piernas recobraron la fuerza, sus manos apretaron la cintura de Pandora, los ojos recorrían el cuerpo de la mujer, y su miembro empezó a palpitar al ritmo de los poderosos latidos de su corazón. Antes de entrar de nuevo en la cueva, ansioso por volver a sentir el goce de la carne, aquel desconocido placer que parecía sacudirlo con un latigazo profundo y deliciosamente efímero, miró una vez más a los hombres. Esta vez todos retrocedieron, convencidos de que Epimeteo los fulminaría, furioso, antes que compartir con ellos el regalo surgido de la niebla.

El titán y la mujer se internaron en la caverna, sin desprenderse de su abrazo. Una vez dentro, los dos cayeron de nuevo sobre el lecho poseídos por un deseo intenso, atrapados por un impulso que los hizo copular sin descanso, hasta que Epimeteo, rendido, cayó en los brazos de un profundo sueño. Mas, antes de perder por completo la conciencia, miró a los ojos de Pandora con los párpados entrecerrados y, haciendo un tremendo esfuerzo, como si temiera la respuesta, se atrevió a preguntar:

—¿Cuál es tu nombre?

Ella tenía la mirada fija en la puerta de la gruta, donde se columbraba una parte de la misteriosa caja. Sin apartar los ojos de aquel objeto, displicentemente, sin énfasis, sin hondura, sin hastío, contestó:

—Pandora.

◦◦◦

Epimeteo dormía ruidosamente. De nuevo un sueño inquietante llenaba su cabeza de imágenes sombrías, incomprensibles, cargadas de amenazas. Su cuerpo se agitaba al ritmo de una respiración entrecortada e irregular, salpicada de espasmos y quejidos. Pandora se levantó del catre, echó sobre el cuerpo del titán una piel raída y se encaminó hacia el exterior.

Salió con cuidado, asegurándose de que nadie la observaba y tratando de controlar la extraña excitación que la embargó al ver de nuevo la caja, como si su contenido estuviera firmemente vinculado a ella misma. Una vez fuera, notó sobre el rostro el frescor del día y un agradable olor a madera quemada la hizo sentirse en paz. Contempló la caja y la excitación se apoderó de nuevo de su ánimo: era un recipiente modesto, sin rastro alguno de decoración, de aspecto tosco y contenido misterioso.

Se sentó a su lado, sin atreverse a tocarla todavía. Respiró hondo, retrasando el momento inevitable, e intentó evocar alguna secuencia de su vida, de sus recuerdos, pero ninguna imagen, ninguna escena, ninguna palabra respondió a su conjuro. Se esforzó, inquieta, pero no fue capaz de recordar nada, como si su vida hubiera empezado en el instante en que se había encontrado ante Epimeteo.

Sus recuerdos abarcaban apenas una noche; no era capaz de rememorar otra cosa que el placer del contacto con el cuerpo

del titán y la intuición de que la caja formaba parte de ella misma. Pensó en Epimeteo, se sintió segura, protegida, y tuvo la sensación de que le pertenecía, de que habría de formar parte de su vida; durante unos instantes disfrutó de ese sentimiento sin el más mínimo atisbo de remordimiento o ansiedad.

Luego alargó despacio la mano y tocó la superficie de la caja; era extrañamente suave, primorosamente pulida, y su tacto le recordó la piel de Epimeteo. ¿Qué habría en su interior? ¿Por qué la había traído con ella? ¿De dónde procedía? Algunas imágenes destellaron en su mente como hilos de luz en medio de la noche. Eran figuraciones conocidas, casi familiares, y, por un momento, tuvo la sensación de que sus recuerdos podían viajar más allá de la pasada noche. Con la tapa de la caja ya entre los dedos, un rostro se dibujó con claridad en el confuso mundo de su mente: un rostro hermoso, sereno, de cabellos dorados, labios brillantes, primorosamente dibujados sobre una barbilla redondeada, suave y fina, y una voz acarició su mente: «No abras esa caja. Pase lo que pase, veas lo que veas, sientas lo que sientas, no abras la caja».

Entonces supo que ya había oído esas palabras y una secuencia clara se fue formando en su cabeza: se trataba de la advertencia lanzada por Hermes, el dios que la había guiado hasta allí. En su recién nacida mente, el encadenamiento del tiempo, la sucesión de los días y las noches se hizo confusa, como un velo de niebla sobre su memoria. Sintió angustia y miedo al verse incapaz de precisar ni siquiera el tiempo que llevaba con Epimeteo, y, de repente, un sentimiento extraño pero fuerte la asaltó, como si la necesidad de saber quién era se hubiera filtrado en su ánimo igual que un rayo de luz al penetrar por una pequeña rendija de una puerta de madera.

El grito agudo de un ave la devolvió a la realidad. Miró hacia el cielo y vio un águila hermosa, clara como la luz del día, cuyo plumaje reflejaba los brillantes colores del firmamento. Entonces todos sus sentidos parecieron reducirse a uno solo: dejó de oler, dejó de oír y también de ver, y una fuerza superior a ella le hizo cerrar los ojos. Solo el tacto, centrado en los dedos que tenía apoyados sobre la caja, la mantuvo unida al mundo; toda su sensibilidad, toda su capacidad de crear imágenes y todo su poder de evocación se concentraron en las yemas de sus dedos.

Temblando, poseída por un trance que le hacía tiritar el cuerpo de arriba a abajo, con los ojos en blanco y el pecho sacudido en sucesivos esfuerzos por poder seguir respirando, Pandora, la primera mujer, el castigo de Zeus a los hombres poseedores del fuego, levantó despacio la tapa de la caja. Sus ojos recuperaron el color, pero no su maravillosa expresividad; su cuerpo dejó de temblar, pero se contrajo como la cáscara de una fruta secada por el sol; sus brazos, sus manos y sus dedos hicieron un movimiento casi reflejo, intentando volver a cerrar aquella caja en cuyo interior no había nada más que un olor acre y pequeños puntos oscuros, descoloridos y marchitos, parecidos a excrementos secos de víctimas de sacrificios.

Un silbido agudo y potente salió del interior de la caja. En ese momento, Pandora parecía una estatua, un ser solo de carne a quien alguien hubiese succionado los humores de la vida. A su alrededor, el día se oscureció y una nube negra y húmeda cubrió el horizonte; las aves detuvieron sus gorjeos, los árboles, momentáneamente petrificados, dejaron de agitar sus ramas y de emitir el murmullo de las hojas; un silencio espeso, parecido al de la muerte, lo inundó todo, y un rumor,

el chasquido que producen los huesos al quebrarse, anegó los valles, las cumbres y los poblados.

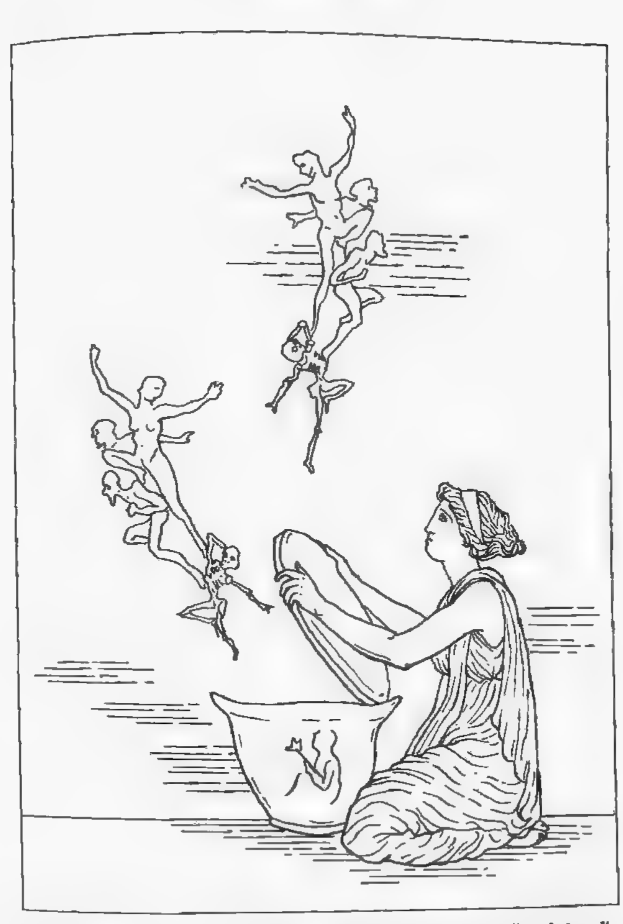
De la caja de Pandora continuaron emergiendo chillidos apagados, quejidos secos, húmedos gimoteos. Aterrorizada, la mujer pugnó por cerrar de nuevo aquella tapa liviana, pero una fuerza muchas veces superior a ella se lo impedía. Los gemidos se tornaron gritos, los gimoteos, llantos. Extrañas figuras blanquecinas, formas cuyos cuerpos parecían hechos de niebla, comenzaron a nacer del interior de la caja en un parto tenebroso. Gritaban, gruñían, aullaban, y se iban reuniendo en una suerte de círculo de espectros que danzaban al son de una música que parecía surgida de la garganta de una presa devorada por su cazador.

En el centro de aquel baile de sombras, una figura no nacida de la caja concentraba el movimiento. Sus rasgos solo se intuían: ojos hundidos, cuerpo descarnado y huesos largos, labios succionadores, como el ojo de un remolino capaz de tragarse tierras y aguas. De su boca escapaba un aliento fétido, cargado con el olor dulzón y pegajoso de la muerte y mezclado con un sonido que parecía articularse poco a poco:

—T...á...n...a...t...o...s...

Entonces, los espectros albinos que danzaban alrededor de ella chillaron al unísono, emitiendo un sonido agudo y penetrante que llenó todos los rincones de la Tierra: los hombres se ocultaron en sus cabañas, ejércitos de aves huyeron en busca de un refugio imposible; los animales de las aguas se sumergieron hacia las tenebrosas profundidades, y los de tierra intentaron esconderse en bosques, cuevas y gargantas.

Sobresaltado, Epimeteo contempló desde la boca de su gruta a la manada de seres pálidos que se desperdigaban volando



Pandora pugnó por cerrar la liviana tapa, pero una fuerza superior a ella se lo impedía.

en todas direcciones: sus formas se adaptaban a la tierra, al cielo y a las aguas; reptaban por los senderos, penetraban en casas y oquedades, y envolvían a todo ser vivo que encontraban a su paso. Los campos sembrados se volvían baldíos; las aguas del mar se encrespaban, alimentadas por un viento persistente que hacía crecer olas y corrientes, y los hombres, aterrorizados, comenzaban a sentir un miedo hasta entonces desconocido: el miedo a morir. De pronto, una risa espantosa escapó de la garganta de Tánatos, y, ante la mirada sobrecogida de todos, se fue alejando de la aldea mientras clavaba sus enrojecidos ojos en los rostros de los hombres.

Desde el lugar en que se encontraba, algo de vida pareció volver al cuerpo y el alma de Pandora. Sin darse cuenta, sin poder evitarlo, supo que de aquella caja había dejado escapar toda clase de males y desgracias, y que, a partir de aquel fatídico día, mil amarguras deambularían entre los hombres. Con los ojos cerrados, intentando evitar la contemplación de su desgraciado acto, Pandora visualizó toda la tierra repleta de males: las enfermedades deambulaban libres, de día y de noche; las pendencias, las envidias, la territorialidad; la codicia, la corrupción y, sobre todo, el miedo a la muerte. Con un supremo esfuerzo, la mujer miró hacia la caja: esta había cobrado un nuevo color y ya no se veían las sombras de antes. Un olor distinto, agradable, nacía de su interior, donde nada parecía ya inquietante. Los brazos de Pandora se tensaron, sus manos se crisparon y, dejando escapar un grito de desesperanza, cerró la caja con todas sus fuerzas.

Entonces, en el interior se oyó un dulce lamento, una queja suave, como de un recién nacido, antes de que el silencio cayera sobre toda la tierra.

4



Final y principio

Como una plaga, como una epidemia silenciosa e implacable, desgracias hasta entonces desconocidas hicieron presa en los cuerpos de los hombres, que, repentinamente, comenzaron a morir a edades mucho más tempranas. Acostumbrados al pasado, a las disputas propias de quienes están exentos de enfermedades, y agobiados solo por los trabajos cotidianos de la supervivencia, empezaron a entender que su mundo había cambiado para siempre.

Poco a poco llegaron a la convicción de que los dioses los habían abandonado, dejando que sus vidas transcurrieran según unas leyes nuevas que ellos todavía no eran capaces de comprender.

Algunos, los más perspicaces, parecían preocupados por descubrir la esencia de esas leyes, convencidos de que los dioses estaban poniéndolos a prueba, esperando ver cuál era su reacción ante estos males desconocidos.

Con su naturaleza bondadosa y su mente inquisitiva, esos hombres intentaban comprender lo que sucedía sin recurrir a ningún tipo de violencia. Algunos descubrieron remedios contra las enfermedades, otros experimentaron nuevas normas de convivencia con la esperanza de que los más violentos se sintieran amenazados por la voluntad de la mayoría. En algunos poblados procuraron defenderse de los males que los acosaban dirigiendo plegarias a los dioses, instaurando ceremonias votivas que pretendían captar la atención de unas divinidades cada vez más ajenas y despreocupadas de sus desgracias.

Mas la mayoría de los hombres reaccionó de manera impía, olvidándose del poder de los dioses y, en algunos casos, desafiándolo abiertamente. Sin saber cómo, el rumor de que una mujer había causado tal situación se extendió por todas partes y, en algunos lugares, un sentimiento de represalia se despertó entre sus habitantes, que sintieron de repente la necesidad de vengarse.

Desde muchos sitios, atraídos por las noticias sobre la criatura que el titán Epimeteo había albergado en su gruta, partieron hordas dispuestas a enfrentarse con él. De noche, cuando la tierra se cubría con el negro manto de las sombras, en las cercanías de la morada de Epimeteo se veían las luces de multitud de antorchas como ojos amenazantes henchidos de una violencia hasta entonces desconocida. Toda clase de enemigos, prestos a hacerle pagar al titán su imprudencia, llegaron dispuestos a raptar a la criatura y probar por sí mismos las delicias que ansiosamente intuían.

Epimeteo, proclive a la tranquilidad y enemigo de las discordias, mudó poco a poco su carácter, impelido por la necesidad de defenderse. Rodeado de vecinos dispuestos a traicionarlo,

acosado por partidas de enemigos que, tras haber perdido el temor a los dioses, acampaban en los prados cercanos, decidió abandonar su gruta y viajar hacia un lugar en el que la soledad le devolviese el sosiego de otros tiempos. En el fondo de su corazón deseaba alejarse de los hombres y disfrutar con calma de la presencia de Pandora.

Partieron una fría noche, amparados por la niebla. Sin apenas más equipaje que un hatillo sobre sus hombros, atravesaron con facilidad los precarios campamentos de los sitiadores, y cuando el sol disipó la espesa capa de niebla, ambos se hallaban ya muy lejos. Epimeteo estaba empezando a experimentar por Pandora sentimientos que iban más allá del puro deseo físico, y sentía la inclinación de protegerla, como si en la supervivencia de aquella mujer se escondiera el secreto de la suya propia.

Desde los senderos de las montañas y las ocultas cañadas de los valles, el titán se acostumbró a contemplar, día tras día, un mundo sombrío, poblado por hombres que iban siendo poseídos por los males nacidos de la caja de Pandora y por un sentimiento de indefensión que los iba alejando de los dioses. Parecía que incluso el gran dios Zeus se había retirado, abandonándolos a su suerte. Hizo un gesto de triste cuando tuvo la certeza de que más temprano que tarde comenzaría un tiempo en el que un dios como Ares, violento y pendenciero, campraría a sus anchas con la aquiescencia de Zeus.

Intentó imaginar un futuro dominado por Ares: aldeas destruidas, campos incendiados, cosechas perdidas... Entonces, llevado por una necesidad inesperada y repentina, detuvo sus pasos. A su mente acudieron el rostro y las palabras de su infortunado hermano Prometeo, y una nostalgia profunda

y palpitante se apoderó de su ánimo. Recordó su suplicio, su pesar, su sufrimiento en favor de una humanidad que ahora estaba a punto de perderse, agobiada y vencida por los males nacidos de la caja de Pandora. Epimeteo cerró los ojos intentando sobreponerse a la tristeza, con la convicción de que el carácter previsor y la inteligencia de su hermano habrían previsto lo que estaba ocurriendo.

Pero ¿cómo podía ayudarlo? ¿Cómo encontrar la manera de contribuir a sus planes. Por un momento pensó en dirigirse hacia el Cáucaso y hablar con él —en aquellos momentos tan duros y sombríos hubiera dado cualquier cosa por escuchar sus palabras, cargadas siempre de previsión, prudencia e inteligencia—, pero enseguida desechó tales pensamientos; sabía muy bien que Zeus se irritaría violentamente si contravenía sus órdenes e intentaba ver a Prometeo.

Delante de él, ajena a sus angustias, Pandora observaba el paisaje complacida, disfrutando con el descubrimiento de nuevas tierras que pisaba por primera vez. El titán extendió su brazo y le acarició el rostro. Fue un gesto espontáneo y dulce, nacido de la tristeza. Se sentaron los dos en el suelo mientras la noche se cernía sobre ellos y la redonda, brillante y cercana silueta de la luna, tan grande como todo el horizonte, comenzaba a teñir de plata los caminos y los campos de la tierra. Epimeteo clavó los ojos en aquel globo brillante, colgado del telón del cielo, y se dejó atrapar por el misterio de su luz; una tranquilidad profunda lo invadió al sentir que Pandora apoyaba la cabeza en su hombro.

De pronto, lo atrapó un sentimiento de ternura por aquella mujer que había irrumpido en su vida casi subrepticiamente, surgida de la nada; notaba su cuerpo recostado en



el suyo, su respiración cadenciosa, y creyó que en verdad eran dos almas gemelas, pues los dos estaban perdidos en la inmensidad de una tierra cambiante, bajo un cielo poblado de misterios; los dos buscaban refugio, un lugar al que pertenecer, sin saber hacia dónde dirigir sus pasos.

Entonces, al contacto con el cuerpo de Pandora, un fogonazo de luz alumbró su pensamiento. De nuevo, la imagen de su hermano se dibujó con nitidez ante sus ojos y, con ella, un estado de ánimo completamente nuevo: su mente se relajó y toda tensión desapareció de sus miembros; sintió que una paz profunda e intensa lo envolvía y tuvo la sensación de que quizá él, a pesar de su torpeza y de sus errores, también podía comprender, prever, penetrar en el secreto de las cosas.

Atrajo a la mujer hacia su pecho y, mientras la imagen de Prometeo se desdibujaba lentamente, sus ojos se clavaron en el rostro de Pandora. Parecía tranquila, ajena a sus preocupaciones; respiraba serena, pegada a él, abrigada con su calor. Prometeo deslizó la mano debajo de la ropa y acarició su vientre. Le pareció suave y terso, y sintió que en el interior de aquel cuerpo de mujer, aunque él no fuera capaz de comprenderlo, la vida, el mundo y la humanidad volverían a renovarse.

Una sonrisa se formó a su vez en sus labios cuando Pandora alzó la cabeza, cruzó una mirada con la suya y le regaló una cansada y confiada sonrisa. Las arrugas desaparecieron al instante del rostro del titán; la misma calma que había inundado su mente se adueñó de su cuerpo, y un sentimiento desconocido hasta entonces, parecido a la felicidad, lo abrazó por completo. Se levantó despacio, encendió fuego al lado de un abrigo rocoso y amontonó hierba y hojas secas para hacer un blando lecho sobre el suelo.

Cuando los dos se recostaron al abrigo de la noche, toda la tierra parecía en calma. La luna derramaba su claridad sobre el paisaje oscuro, creando caminos azulados, serpientes luminosas que se deslizaban entre valles y alcores con la sinuosa calma de una onda sobre el agua, y, acariciados por esa luz, los dos se abrazaron y cerraron los ojos en busca del sueño.

Antes de dormirse profundamente, Epimeteo creyó comprender al fin los previsores designios de su hermano: en el vientre de aquella mujer, enviada como castigo de todos los dioses a los hombres, habría de estar la semilla de una nueva estirpe humana, una raza que proyectaría su luz y su sombra a través de los desconocidos senderos del futuro. Cuando el sueño, hondo y sereno, estaba a punto de vencerlo, tuvo la certeza de que Prometeo lograría conseguir su propósito una vez más.

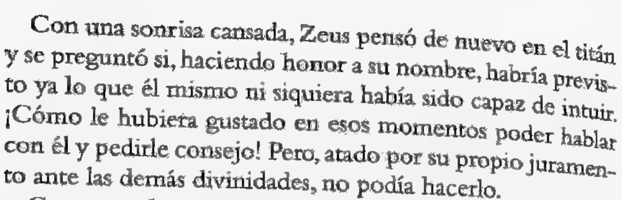
Aquella noche, empero, tuvo un extraño sueño en el que se mezclaban imágenes confusas: al abrigo de la pared rocosa junto a la que descansaban, una luz anaranjada iluminaba la caja, un ligero temblor la sacudía de modo apenas perceptible y de su interior brotaba un quejido suave, casi lastimero. A su lado, Pandora dormía profundamente, pero la misma luz acariciaba su vientre. Entonces, el suspiro surgido de la caja se mezclaba con otro, de la misma intensidad, del mismo tono, nacido del vientre de la mujer, y ambos se fundían en una música suave, dulce, que viajaba hacia un lugar perdido en el tiempo, junto a las orillas de un gran río de aguas azuladas. En ese instante, el caudal se desbordaba, derramándose por la tierra, anegando valles y laderas, y, sobre las aguas, una especie de casa flotante se deslizaba por lugares de los que emergían, como juncos fijados en el fangoso fondo de la tierra, restos de poblados, de chozas y de muros. Y en una

orilla lejana, dos jóvenes, hombre y mujer, parecían arrojar piedras sobre una tierra empapada, yerma, deshabitada.

◇◇◇

Zeus meditaba. ¿Había llegado la hora de terminar con esa raza de hombres, cada vez más altivos y más impíos? ¿Era suficiente castigo dejar que sus vidas transcurrieran acosadas por los males, las enfermedades y las desdichas nacidas de la caja de Pandora? ¿No sería necesario esperar a que esos males acabaran con aquella raza de hombres y crear otra que naciera y se desarrollara en el mundo surgido tras la llegada de Pandora?

El dios se debatía, pensando en la mejor manera de llevar adelante el castigo prometido tras el robo del fuego por parte de Prometeo. Hasta ese momento, su plan se había cumplido a la perfección: Pandora había alterado el orden de las cosas, provocando sentimientos de propiedad, territorialidad y envidia entre los hombres, propagando entre ellos enfermedades y desgracias de toda clase, y haciendo que se volvieran propensos a la violencia y al enfrentamiento. Pero la nueva situación había provocado un efecto que Zeus no había sospechado siquiera. Con el ceño fruncido, el dios se daba cuenta de que, a pesar de haber castigado al titán y a sus protegidos, los dioses habían perdido parte de su poder, pues los hombres, acosados por males desconocidos y agobiados por una sensación de abandono y desvalimiento, se habían distanciado de la divinidad y, algunas veces, se habían atrevido incluso a desafiarla. Por todas partes, el humo de los sacrificios y el delicioso olor de las vísceras quemadas había disminuido claramente, y sabía que los demás dioses comenzaban a preguntarse si el castigo a Prometeo no habría sido contraproducente.



Con una sonrisa cansada, Zeus pensó de nuevo en el titán y se preguntó si, haciendo honor a su nombre, habría previsto ya lo que él mismo ni siquiera había sido capaz de intuir. ¡Cómo le hubiera gustado en esos momentos poder hablar con él y pedirle consejo! Pero, atado por su propio juramento ante las demás divinidades, no podía hacerlo.

Con gesto de preocupación, decidió que era mejor esperar. Dirigió luego su mirada hacia el lugar donde dormían Pandora y Epimeteo, rodeados de una tenue luz anaranjada que contrastaba dulcemente con el brillante esplendor de la luna. A su lado, junto a la roca de la montaña, la caja de la que había nacido el nuevo equilibrio, todas las leyes mediante las que habría de regirse el futuro de la Tierra, temblaba levemente, como si en su interior hubiese quedado algo latiendo todavía.

Atraído por la curiosidad, Zeus concentró toda su atención en la caja de Pandora, mientras una idea se iba esbozando en su cabeza: ¿qué había quedado en el interior de la caja?, ¿por qué se movía casi imperceptiblemente? El dios miró el objeto con fijeza y una luz intensa se desprendió de sus ojos al comprender que su movimiento, y el leve sonido que parecía surgir de él, estaban provocados por la Esperanza. Se alegró sutilmente al imaginar la escena: Pandora, asustada, había cerrado la caja antes de que la Esperanza pudiera abandonarla y perderse, diluida, entre todos los males.

El dios sonrió al darse cuenta de que había dado con el giro que buscaba: había llegado la hora de liberar a la Esperanza y hacer que los hombres la identificaran con él mismo y con los demás inmortales. Era un paso más, se dijo a sí mismo; significaba ir más allá de lo que ni siquiera Prometeo había podido imaginar al establecer el vínculo entre dioses

y hombres a través de los sacrificios. Ahora, él mismo debía reforzar ese vínculo haciendo que toda la humanidad depositara su esperanza solo en la divinidad.

Se levantó de su sitial lleno de satisfacción. Dejó que sus ojos buscaran de nuevo el lugar donde Pandora y Epimeteo intentaban seguir viviendo y decidió protegerlos, hacer de ellos, definitivamente, el origen de una nueva raza humana: aquella que habría de depositar en los dioses sus más firmes esperanzas. Pero antes debía borrar para siempre el rastro de los actuales habitantes de la Tierra.

◇◇◇

El tiempo había pasado y en el mundo de los hombres los males nacidos de la caja formaban parte ya de la vida cotidiana. En los poblados, las enfermedades habían contaminado los cuerpos, sin distinguir edades; males como la discordia, la envidia, la avaricia o el miedo habían transformado por completo la vida y las costumbres de los hombres, y los dioses habían sido olvidados por quienes se sentían solos y desvalidos; por todas partes la muerte prevalecía y la estirpe humana se iba extinguiendo poco a poco, sin encontrar remedio a las desdichas que habían caído sobre ella.

Cuando, finalmente, incapaces de sobrevivir a los males surgidos de la caja, los últimos hombres perecieron, el mundo quedó ensombrecido, habitado solo por Epimeteo y Pandora, quienes continuaron su vida al abrigo de una soledad a la que se habían acostumbrado hacía mucho tiempo.

El titán relajó su ánimo y comprendió que el castigo de Zeus se había completado. Algunas tardes, cuando el sol se escondía en el horizonte y la luna comenzaba a alumbrar



El miedo y la discordia habían transformado por completo la vida de los hombres.

los senderos de la noche, pensaba en su hermano, evocaba su sufrimiento y confiaba en que las cosas estuvieran sucediendo tal como él las había planeado. En esas tardes tranquilas, rodeado del silencio y la calma del ocaso, Epimeteo intuía que, alrededor de él mismo y de Pandora, un nuevo mundo, un nuevo tiempo había empezado. Se daba cuenta de que el soberano celeste había puesto en marcha una nueva secuencia temporal en la que las mujeres habrían de formar parte fundamental del desarrollo de las cosas. Pandora había sido solamente el primer eslabón de una cadena.

Muy pronto, la intuición de Epimeteo se convirtió en certeza. Desde las cumbres del Olimpo, Zeus ordenó que los dioses fluviales, las ninfas y otras divinidades más antiguas que él mismo volcaran sus vástagos sobre la tierra, llenándola con las primeras generaciones de hombres nacidos de la unión de los elementos masculino y femenino.

En poco tiempo el mundo se transformó por completo y los tiempos anteriores desaparecieron del recuerdo. Sobre la tierra, las primeras dinastías humanas comenzaron a prosperar y los primeros asentamientos florecieron y haciendo que la humanidad avanzara en su proceso de civilización.

Fue en el sur donde nacieron los primeros hombres de este nuevo tiempo, que dieron sus nombres a regiones y aldeas; también nacieron las primeras mujeres que, uniéndose a ellos, alumbraron estirpes florecientes que, con el tiempo, perduraron en la memoria.

El mundo comenzó a ordenarse de nuevo y el propio Zeus, unido con alguna de las mujeres mortales recién llegadas al mundo, pobló la tierra con hijos suyos, alimentando la ira de Hera, su esposa, que poco a poco llenó su corazón

de odio contra las madres y los hijos nacidos de la promiscuidad de su marido.

Mas, a pesar de todo, la humanidad recién nacida permaneció alejada de los dioses; el humo de las ceremonias y los sacrificios no manchaba el cielo, y el olor de la carne calcinada de los animales inmolados no deleitaba el olfato de los inmortales. Sobre la faz de la tierra, hombres y mujeres, por primera vez juntos, se entregaban a sus tareas sin tener en cuenta a unos dioses a los que, en realidad, no conocían. Zeus decidió entonces que había llegado el momento de poner en marcha el plan que había meditado desde hacía algún tiempo para hacer que los nuevos habitantes del mundo depositaran en la divinidad su única esperanza de supervivencia.

◊◊◊

Se abrieron las puertas y el joven Ares entró en el gran salón del rey del Olimpo. Su padre lo miraba desde su sitial con gesto serio y preocupado, y el joven dios tuvo la intuición de que se disponía a escuchar palabras importantes.

—Es mi deseo que vayas a vivir entre los mortales —dijo secamente Zeus.

Ares no pudo ocultar su decepción y su rostro adoptó un aspecto sombrío. Cuando su madre, Hera, le había anunciado que su padre quería verlo, el joven dios había experimentado un repentino sentimiento de euforia, creyendo que, por fin, ocuparía el lugar que le correspondía en el Olimpo.

—¿Acaso te he causado alguna ofensa, padre? —dijo Ares, contrariado, conteniendo a duras penas su descontento.

Zeus calló, contemplando a su hijo con fingida indiferencia. Hacía tiempo que intentaba desentrañar su carácter, el



sentido de sus actos. Era rebelde y arisco, pero sabía que una gran fuerza bullía en su interior y no quería que esa fuerza estallara en el territorio del Olimpo. Muchas veces había intentado imaginar cuál habría de ser el lugar de ese hijo suyo en el nuevo mundo, y, ahora, de una vez por todas, estaba decidido a descubrirlo.

—No te castigo —respondió al fin—, sino que intento ayudarte a encontrar tu camino.

Ares miró a su padre de soslayo, sin poder contener estas palabras insolentes:

—Los hombres junto a los que me envías acaban de nacer. ¿Sabrán ellos algo acerca de mi camino?

Zeus se esforzó en moderar su irritación. Se levantó de su sitial y, con un gesto, invitó a su hijo a pasear con él. Juntos se acercaron a la cumbre sagrada, desde la que se contemplaban mares y tierras. En tono amable y sosegado, continuó:

—Sobre la tierra habitan, unidos por vez primera, hombres y mujeres. Juntos han forjado un fuerte lazo que les ha permitido adaptarse desde el principio a un mundo cambiante, asediado por los males surgidos de la caja de Pandora. Acaban de nacer las primeras dinastías y las primeras poblaciones; es una humanidad renovada, despierta, muy diferente de la que habíamos conocido hasta hoy. Quiero que vivas a su lado e intentes comprenderla. Si lo consigues, vuelve conmigo; entonces ocuparás el lugar que te corresponde en este mundo nuevo, cuyas leyes debes aprender por ti mismo.

Ares quedó desconcertado. Con aquellas palabras de apariencia razonable y justa, su padre lo estaba obligando a ganarse un derecho que, a su entender, ya poseía por nacimiento. Mas no se atrevió a replicar. Conteniendo su furia, contestó:

—Sea como dices, padre.

Mientras se alejaba, el ánimo del joven Ares ardía en la hoguera de su propia cólera. «Obedeceré tus órdenes divinas, padre —se dijo a sí mismo—. Encontraré mi lugar en este nuevo mundo».

Entonces, su cuerpo proyectó una enorme sombra desde el cielo. Sonrió ladinamente y, sin esperar un instante más, abandonó el territorio de los dioses.

Un fuerte temblor agitó los cimientos del mundo cuando sus pies tocaron la tierra.

◦◦◦

Ares dejó que su naturaleza aflorara, como le había pedido su padre. En muy poco tiempo, su carácter sombrío y colérico, su fuerza irreflexiva y su inclinación por la acción le hicieron descubrir cuál era la verdadera esencia de su alma. Altivo y desafiante, Ares comprendió y comprobó, ante la mirada triste de su padre, que su verdadera fuerza nacía de las matanzas y de la sangre, y, entonces, entregado sin freno a la tarea de conocerse a sí mismo, sembró la discordia por doquier y, al cabo, consiguió que los hombres comenzaran a pronunciar una palabra nueva que habría de marcarlos para siempre: «guerra».

Muy pronto, los hombres aprendieron del dios, comenzaron a actuar como él, y la tierra no tardó en humear, herida por la guerra. Tras muros, fosos y empalizadas, los nuevos asentamientos aparecían en el horizonte como una mancha informe que ocultaba una vida precaria y fugaz: el esperanzador futuro se había desvanecido como el humo de las hogueras, nacido de un fuego que ya no servía para dar vida,



calentar los cuerpos helados o transformar con su magia los objetos, sino para reducir a cenizas chozas, casas y poblados.

Los más fuertes, aquellos que habían olvidado cualquier sentimiento de piedad, conquistaban nuevos territorios a costa de la muerte de sus pobladores, sin que la más mínima conciencia de misericordia sembrara ninguna duda en sus despiadados corazones. La guerra, esa nueva palabra pronunciada sin descanso, comenzó a definir este nuevo mal que, surgido de la caja de Pandora, había encontrado con la presencia de Ares su forma de expandirse y de contaminar la naturaleza de los nuevos tiempos. Coaliciones de hombres dedicados a la guerra, los «guerreros», arrasaban las ciudades, dando muerte a los habitantes y convirtiendo en botín no solo casas, chozas, territorios y enseres, sino también a las mujeres y a los niños.

Mas, en medio de tales desgracias, Zeus veía que su objetivo final comenzaba a cumplirse, pues la presencia de Ares estaba haciendo comprender a los hombres la clase de poder que poseían los dioses. Muchos lo consideraron el dios de la guerra y creyeron que su presencia significaba alguna clase de castigo. Entonces, por todas partes, el sentimiento de inseguridad generado por la guerra y por otros males para los que parecía no haber remedio fue haciendo a los nuevos habitantes de la tierra más proclives a depositar sus esperanzas en los dioses, convencidos de que solo ellos conocían la razón última de sus desgracias y la forma de mitigarlas.

Los sacrificios propiciatorios se convirtieron en una práctica diaria y los recintos dedicados a los inmortales se multiplicaron por toda la Tierra. Muchos hombres comenzaron a tallar pequeñas estatuillas de madera para representar el rostro de las divinidades protectoras; otros inventaron nuevas oraciones

y plegarias y, poco a poco, se establecieron rituales y liturgias en un desesperado afán por no sentirse solos en aquel mundo dominado por la guerra y la violencia. Con el mismo ardor, quienes infligían atrocidades sin cuento a sus vecinos o rivales, se arrodillaban luego con los brazos en alto, pidiendo a los dioses que los mantuvieran a salvo de la brutalidad de los otros.

Mientras observaba lo que estaba sucediendo, el cansancio arrasaba el rostro de Zeus. La guerra y las matanzas se habían generalizado de tal manera que los nuevos habitantes de la Tierra corrían el riesgo de destruirse a sí mismos. La presencia de su hijo, que había dado rienda suelta a su naturaleza salvaje, había contagiado a los hombres el temor a los dioses, pero también el gusto por la guerra, la conquista y la violencia.

Arrebatado por la rabia, Zeus se iba sintiendo tentado por la idea de destruir de un solo golpe aquella estirpe salvaje que había regado la tierra con su propia sangre. Y entonces, el recuerdo de Prometeo acudió a su mente y, con él, el de Epimeteo y Pandora, a los que casi había olvidado por completo.

Los vio solos, aislados, en paz, lejos de toda violencia, y supo que, igual que la nueva humanidad había puesto, por fin, sus esperanzas en los dioses, había llegado la hora de que él, el gran Zeus, el rey de dioses y de hombres, depositara la suya en aquellos dos seres abandonados y solitarios.

◦◦◦

Pandora se acariciaba el vientre. Hacía tiempo que notaba la vida en su interior, el movimiento de otro ser, y sentía miedo, pues el mundo se había convertido en un lugar sombrío, asolado por las desgracias que ella misma había liberado. Recordó el instante en que, vencida por su irresponsable curiosidad,

destapó la caja, y las lágrimas se agolparon en sus ojos. La tristeza, compañera inseparable desde aquel día, nubló su rostro, y un profundo temor por el futuro se adueñó de su ánimo.

Caminó hacia un arroyo cercano mientras la luz de la tarde comenzaba a teñir el bosque del color de la carne; un frescor agradable acariciaba su cuerpo, y su alma, complacida por la soledad, se serenó. El futuro de su hijo y de ella misma eran inicertos, pero, sentada sobre la fresca hierba, acompañada por el rumor del agua y el canto de los pájaros, sentía una extraña armonía que se sobreponía a todas sus angustias.

¿Quién era ella?, se preguntaba con frecuencia. ¿Por qué su mente no estaba llena de recuerdos? ¿Qué dios la había privado del consuelo de la memoria? Por más que se esforzaba, solo era capaz de recordar con claridad lo ocurrido desde el momento en que había llegado al poblado de Epimeteo; todo lo anterior, su vida previa, se reducía a fogonazos, puntos de luz que se desplegaban unos instantes en el baldío de su memoria, como si ella misma se hubiera ido para siempre del territorio de sus recuerdos.

Nunca había visto a otra mujer. El mundo era grande, lleno de espacios desconocidos en los que, quizá, hubiera seres como ella, pero hasta ese momento no había tenido el consuelo de hablar con otra mujer, y su única compañía era Epimeteo, con quien comenzaban sus recuerdos; con una sonrisa triste dibujada en los labios, se dio cuenta de que el titán rara vez la acompañaba fuera de la choza, siempre preocupado por las tareas de vigilancia y por un indefinible temor a que alguien descubriera el lugar en que habían encontrado refugio.

Lo veía encaramarse todos los días a un saliente de las rocas, escudriñando el valle en busca de cualquier señal que delatara

la presencia de algún hombre o de cualquier cosa que pudiera amenazar la seguridad de su aislamiento. Pasaba buena parte de su tiempo fabricando armas de madera: flechas, venablos y todo tipo de ingenios para cazar o defenderse, y estaba poseído por un permanente sentimiento de inseguridad, igual que una presa acechada por peligros desconocidos.

Pandora abandonó aquellos pensamientos graves, se desvistió despacio y dejó que las claras y frías aguas del arroyo abrazaran su cuerpo. Se sumergió en la poza, sintiéndose ingrávida, como una estrella suspendida en el cielo de la noche; sus miembros no pesaban y sus preocupaciones desaparecían, mecidas por las ondas de la corriente y por la suave textura de las aguas. Entonces notó un dolor agudo, una puñalada, en el interior de su vientre, y, como si hubiera sentido aquel dolor otras veces, como si formara parte de su naturaleza y de su memoria, supo que el parto había comenzado.

Epimeteo preparó el lecho y dispuso agua caliente. La tensión del momento avivó su instinto y espoleó sus sentidos, llenando su ánimo de una extraña tranquilidad. Mientras Pandora, en cuclillas, con las manos aferradas a sus brazos, se contraía de dolor, sintiendo que el interior de su cuerpo se abría y que los huesos de su pelvis se desgajaban igual que rocas partidas por la fuerza de un terremoto, se agolparon ante sus ojos las imágenes de los partos de animales que había presenciado muchas veces en los alrededores de su cueva.

Y así, a la vez que el mundo seguía su curso, diezmado por las enfermedades y la guerra, en un lugar remoto, en el fondo de un valle poblado de criaturas salvajes, Pandora daba a luz, entre gritos de dolor y lágrimas de esperanza, a una niña esbelta, hermosa como su madre y luminosa como el amanecer.





Pandora dio a luz a una niña esbelta como su madre y luminosa como el amanecer.



La misma noche del parto, mientras ella amamantaba por primera vez a su hija, Epimeteo tuvo de nuevo un sueño extraño, que lo sumió en un estado parecido al trance. Desde el lecho, Pandora observaba sus movimientos espasmódicos, sus gruñidos y sus gritos, y, aunque estaba acostumbrada a verlo poseído por los fantasmas de los sueños, aquella vez advirtió que algo diferente estaba sucediendo.

Epimeteo hablaba, como tantas otras veces, con su hermano. Mas, en esta ocasión, el suplicio de Prometeo no era la imagen predominante en el sueño, ni sentía la acostumbrada rabia y desconsuelo por la ferocidad de su castigo; lo que lo llenaba todo, lo que lo anegaba todo, era el agua. Por todas partes, la tierra estaba cubierta de agua, y olas sin rumbo, cruzadas por vientos contrarios, recorrían una superficie repleta de pecios y cadáveres de hombres y animales.

Sobre las aguas, una nave extraña, panzuda, sin mástil ni vela, sin remos, sin tripulación, navegaba al pairo, abatida por los vientos y siguiendo el rumbo de las corrientes. En su cubierta, dos jóvenes oteaban el inmenso desierto de agua cogidos de la mano, asustados, resistiendo el miedo y enfrentándose a la soledad. Los cabellos de la mujer, dorados como los rayos del sol, se agitaban en ondas. Epimeteo veía en el sueño que se trataba de su hija, y que a su lado estaba Deucalión, el hijo de su hermano Prometeo, nacido poco antes de su condena.

Su propio grito lo despertó. El titán se incorporó de un salto y, antes de que Pandora pudiera decir nada, habló con calma, pero con decisión:

—Nuestra hija se llamará Pirra, pues sus cabellos serán del color del oro y de los rayos del sol.

Pandora asintió complacida y suspiró profundamente antes de preguntar:

—¿Qué has visto en tu sueño, Epimeteo?

El titán no contestó de inmediato. Se levantó de la cama y se mantuvo en silencio un instante, mirándola a los ojos. Finalmente, dijo:

—El futuro.

5

UN MUNDO LLENO DE HÉROES

Pirra, la muchacha de cabellos de oro, creció sana y fuerte, lejos del contacto con los hombres. Protegida de todo peligro, rodeada solo por sus padres y por una naturaleza amable y solitaria, no fue atacada por ninguna de las enfermedades que contaminaban la tierra. Era alta, esbelta, de cuerpo fibroso y mirada incisiva. Con el paso del tiempo, sus ojos marinos se hicieron expresivos y despiertos; el óvalo de su rostro se fue afilando poco a poco, a la vez que sus pómulos se hacían prominentes; era ágil, hábil con las manos y de inteligencia inquieta y penetrante.

Pronto aprendió los secretos del bosque y, cuando su edad se lo permitió, supo observar a los animales, acecharlos y cazarlos. Se complacía pasando largas horas en las zonas umbrosas, sola o en compañía de su madre, corriendo y saltando, bañándose en los arroyos o contemplando el paso de los animales, con una sensación de permanente despreocupación.

Mas una tarde, al regresar, como tantos otros días, de sus andanzas, intuyó que algo iba a cambiar para siempre. Pandora estaba sentada frente a la puerta de la choza, sola, con un gesto de tristeza clavado en el rostro. Entonces Epimeteo salió de la cabaña, tomó a Pirra de la mano y, mirándola con calma a los ojos, le dijo:

—Hija, ha llegado la hora de partir. Debemos viajar al norte. Descansa bien esta noche, pues saldremos al alba.

Aquellas palabras llenaron de inquietud el ánimo de la muchacha. Sin conocer otro mundo que las montañas y los valles que rodeaban su choza, se entristeció al pensar que debía abandonarlos. Pero no dijo nada; entró y, mientras su padre se entregaba a las cotidianas labores de vigilancia y su madre preparaba las cosas para la partida, se tumbó en su camastro y cerró los ojos, pensando en los misterios que le depararía el viaje.

Pandora se sentó a su lado, le acarició el pelo rubio y la miró con una mezcla de esperanza, ternura e inquietud.

—El mundo es un lugar sombrío y duro —dijo sin preámbulos—. Hasta ahora hemos vivido a salvo de todos los peligros que lo acechan en este apartado rincón, pero tu padre cree que ha llegado el momento de abandonar esta tierra y viajar hacia Ftía, la región donde vive el joven Deucalión, el hijo de su hermano.

Pirra se incorporó, alterada por las palabras de su madre, pero no fue capaz de decir nada. Sentía una mezcla de excitación y miedo, y la promesa de ese viaje llenaba su corazón de esperanzas y temores

—Descansa —añadió Pandora mientras seguía acariciando dulcemente sus cabellos.

Antes de dormirse, Pirra se dejó atrapar por sus sensaciones y, sin darse cuenta, dibujó el rostro de Deucalión en su mente. Nunca había visto a nadie que no fueran sus padres y la perspectiva de conocer a otros hombres, de ver otras montañas, otros valles, llenó sus sueños de una inquietante alegría. Imaginó a Deucalión, deseó hablar con él, conocerlo; mientras, juntó sus manos, las metió entre sus muslos y los cerró con fuerza, sintiendo una punzada de placer inundando su cuerpo de arriba a abajo; enseguida todo su ser fue vencido por el sueño.

La luz de la aurora comenzaba a asomar por el horizonte cuando Epimeteo, Pandora y la joven Pirra salieron de la cabaña. Era una mañana clara y húmeda; el rocío de la noche empapaba los campos y goteaba en lágrimas de plata desde las ramas de los árboles. Ninguno de los tres miró atrás cuando la choza desapareció tras una loma.

El cielo se fue tiñendo de azul mientras Zeus contemplaba la minúscula comitiva que, como pequeños puntos perdidos en un océano, avanzaba hacia el norte. Desde arriba, con la perspectiva de todo el mundo bajo sus ojos, el dios dirigió los pasos de Epimeteo, alejándolo de todo peligro, mientras decidía que había llegado el momento de cumplir todos sus planes. Entonces comprimió el tiempo, haciendo que avanzase mucho más deprisa, y toda la tierra giró, las nubes se deslizaron por el firmamento, y el sol, en su diario trayecto, apareció y desapareció por el horizonte a velocidad vertiginosa, sin descanso.

Sobre la tierra, ninguna criatura tuvo otra sensación que la cotidiana sucesión de los días. Mas, algunos hombres, aquellos que intentaban comprender las causas de los sucesos,



notaron que un sutil cambio de color se había producido en el cielo: las nubes parecían más oscuras y el azul de la bóveda celeste se había teñido con los haces de una luz grisácea. Mientras que, de día, las voces de los animales terrestres se iban apagando y los gritos de las aves se volvían más agudos y oscuros, de noche, los extraños quejidos de las criaturas nocturnas se habían hecho más graves, más sombríos, y todo el orden de las cosas parecía estar cambiando lenta pero inexorablemente.

Cuando Epimeteo y su familia llegaron a Ftía, los rayos comenzaban ya a rasgar el cielo y el sonido ensordecedor de los truenos hacía temblar los techos de las casas. Tormentas violentas y vientos de intensidad nunca vista azotaban tierras y mares, abatiendo árboles y levantando olas enormes que mordían las costas.

Zeus, en lo alto del Olimpo, observaba aquel mundo que estaba a punto de ser borrado, de nuevo, para siempre. Aquellos hombres violentos, fascinados por la sangre, iban a ser sustituidos por otros que, por el contrario, tuvieran un espíritu más noble, dispuesto a sacrificarse por el progreso y el bienestar de los demás. Bastaba con que fueran unos pocos, un puñado de seres superiores al común, hábiles, impregnados por un sentimiento de honor, de abnegación y de sacrificio, decididos a anteponer su propia honra a su interés y, sobre todo, a depositar sus esperanzas en los dioses.

Dirigió su mirada entonces el dios supremo hacia el Cáucaso y vio a Prometeo encadenado a la roca. Sin darse cuenta, sin apenas ser consciente del rumbo que tomaban sus pensamientos, el dios identificó al titán con aquel ramillete de hombres superiores, con esa nueva raza de habitantes de



un mundo y un tiempo nuevos, que habría de servir como guía al resto de la humanidad entera. Entonces, con la imagen del titán encadenado ante sus ojos, el dios del universo imaginó primero una idea, y después un nombre que identificara a esos hombres superiores, destinados a llenar con su luz el sombrío futuro de la raza humana y, sobre todo, a depositar en los dioses sus más íntimas esperanzas.

Y una palabra resonó por primera vez en la mente del dios: «héroes».

◦◦◦

Deucalión sintió un sudor frío al ver a su tío en compañía de las dos mujeres. Había oído hablar de Pandora, le habían llegado los rumores de su presencia y de los males que había desatado, pero nada sabía de la existencia de Pirra. Ahora, frente a ella, las palabras se atropellaban en su boca, las manos le temblaban y sus ojos eran incapaces de apartarse de aquel rostro ondulado, lleno de una cálida luz. Sensaciones desconocidas recorrían su cuerpo colmándolo de un deseo intenso, superior a cualquier otro, y un inesperado ardor abrasaba sus ingles.

Las dos mujeres se quedaron en el interior de la casa mientras el muchacho salía con su tío y se sentaba con él en un banco de piedra, junto al establo, al abrigo de la lluvia y el viento. El cielo estaba oscuro, los truenos se sucedían y la lluvia no paraba de caer, empapando la tierra. Epimeteo miró a su sobrino, con gesto agobiado por la preocupación.

—Escúchame con atención, Deucalión —dijo con voz grave—. He hecho un largo y peligroso viaje para poder verte y ponerte sobre aviso acerca de lo que va a ocurrir. No



me interrumpas, te lo ruego, por muy extraño que te parezca lo que voy a contarte.

El muchacho no dijo nada; miró al cielo con gesto preocupado y esperó a que su tío prosiguiera.

—Hace mucho tiempo que mi hermano, tu padre, aparece en mis sueños. Lo veo encadenado, sufriendo, aceptando su sacrificio en favor de todos nosotros. Pero, ahora, por primera vez en mi vida, creo que soy capaz de entender lo que significan esos sueños y de comprender lo que Prometeo pretende decirme a través de ellos. —Calló un momento, tratando de ordenar sus pensamientos. Luego, prosiguió—: Este mundo va a desaparecer junto con los hombres que lo habitan, pues Zeus ha decidido anegar las tierras y exterminar a todos sus habitantes para poder empezar un nuevo tiempo. Creo que mi hermano lo había previsto y que, tratando de adelantarse a los planes del propio dios, lo convenció de que creara a Pandora, la madre de mi hija, persuadiéndolo de que así conseguiría castigar a los hombres.

Epimeteo calló de nuevo. Arrugó la frente, como si en el interior de su cabeza las ideas se agolparan desordenada y caprichosamente, y entonces miró a su sobrino con los ojos iluminados.

—No soy capaz de entender cabalmente lo que ocurre, pues no tengo la inteligencia de tu padre, pero estoy convencido de que sus planes están a punto de cumplirse —confesó.

—¿Y cómo crees que pueden cumplirse los planes de mi padre? —preguntó el muchacho, abrumado por las palabras de su tío.

Epimeteo clavó una mirada intensa en el rostro de su sobrino, y, poniéndole las manos sobre los hombros, dijo:



—Lo he visto en mis sueños, Deucalión. En realidad, todo ha empezado ya.

—¿Qué ha empezado? —quiso saber el muchacho, cada vez más atemorizado.

—El fin de nuestro mundo. Todo está ocurriendo como en mis sueños: el cielo se ha cerrado por completo, el señor celeste amontona las nubes y lanza sus rayos sin cesar sobre la tierra, los ríos están creciendo sin pausa, los mares devoran las costas y, muy pronto, no habrá lugar seguro donde resguardarse.

Deucalión escuchaba con el rostro abatido por el desánimo. Abrió la boca, balbuceando, pero Epimeteo no había terminado aún.

—Ahora sé que Pirra y tú estáis destinados a sobrevivir para ser los padres de una nueva estirpe humana.

Con el corazón helado, Deucalión miró al cielo, vio las nubes oscuras y el resplandor de los rayos, oyó la lluvia golpeando el alero del patio y escuchó el sonido de los truenos. Acongojado por las palabras de su tío, preguntó:

—¿Y cómo podríamos sobrevivir Pirra y yo? ¿Cómo podremos escapar a la ira del dios del cielo?

—Construiremos un arca —dijo Epimeteo con entusiasmo—. Una nave sin mástiles ni jarcia, sin lugar para velas o remeros. Te embarcarás en ella con Pirra y esperarás a que las aguas vuelvan a sus cauces. Entonces, creo, los planes de tu padre se habrán cumplido por completo.

—¿También has visto eso en tus sueños, tío? —inquirió ansiosamente Deucalión.

—Sí. Te he contemplado en la cubierta de esa nave junto a mi hija, Pirra, con su cabello rubio mecido por el viento. Os

he visto oteando el horizonte, en busca de un lugar en el que desembarcar para poder comenzar de nuevo.

Los dos callaron. A su alrededor, la lluvia arreciaba y la ventisca ululaba como un animal nocturno. Deucalión pensó en Pirra y su silueta esbelta y sus hermosos cabellos dorados se dibujaron delante de sus ojos. De nuevo un deseo intenso y una sensación de urgencia lo atraparon, y pensó que todo riesgo era asumible con tal de satisfacer su ansia por rozar aquel cuerpo, por sentir su calor, por sumergirse en un mundo que, al abrigo de sus caricias, habría de ser realmente nuevo.

—Construyamos esa nave, Epimeteo —dijo con decisión—. Quizá tengas razón; quizá el gran dios ha desencadenado ya el diluvio.

◇◇◇

Cuando la gran tormenta se desató, un terror helado se adueñó del mundo y hasta los dioses se refugiaron en sus olímpicas moradas. Solo Zeus permaneció en la cumbre del Olimpo, contemplando cómo la lluvia, que brotaba del cielo, caía sin tregua sobre la tierra. Veía crecer y desbordarse el cauce de los grandes ríos y oía rugir las aguas, teñidas del color de la tierra arrancada a las orillas; sobre el mundo, como hormigas, los hombres corrían sin rumbo, asustados, intentando refugiarse en sus casas para huir de la muerte.

En Ftía, Epimeteo y su sobrino trabajaban sin parar, de día y de noche. Ayudados por Pandora y Pirra, construyeron el arca sin que ningún habitante de la aldea los descubriera, pues todos habían huido hacia las cumbres de las montañas, aterrorizados ante el avance de las aguas.



Los hombres corrían como hormigas sin rumbo, intentando refugiarse de los aguaceros.

Al cabo de unos días, la nave estaba varada en un valle alto, dispuesta a ser abrazada por las aguas crecientes que ya anegaban la aldea. Igual que en sus sueños, Epimeteo contempló sobre la superficie cadáveres de animales y de hombres ahogados; las partes más altas de chozas y cabañas emergían sobre las ondas como espectros de barro que, poco a poco, se iban desmoronando. Hacía frío y la humedad impregnaba las ropas y los cuerpos.

Una tarde, cuando los cuatro estaban en el interior del arca, un movimiento repentino los sobresaltó. La madera crujió con un quejido seco y grave, y la nave se movió.

—Ha llegado el momento —anunció Epimeteo.

Entonces, tomando de la mano a Pandora, salió a cubierta, seguido por Deucalión y Pirra. Las miradas de los cuatro se cruzaron por un momento.

—Venid con nosotros —suplicó Pirra, mirando a sus padres con ojos temblorosos—. En el arca hay sitio de sobra para vosotros.

Epimeteo negó con la cabeza mientras bajaba de la nave.

—No —contestó con tristeza—. Es nuestro mundo el que yace bajo las aguas. Sois vosotros los que debéis continuar.

Antes de que Deucalión pudiera añadir nada, la nave se retiró, meciéndose en las aguas. Desde la cubierta, Pirra dirigió una última mirada a sus padres, cada vez más lejos, cada vez más difuminados entre las rachas de lluvia que azotaban sus rostro. Rodeados de agua, el titán y la mujer, regalo de los dioses, sumergidos hasta la cintura, parecían dos peñascos aislados, perdidos en un mundo agonizante.

Epimeteo, con la mano de Pandora asida a la suya, tenía, por fin, delante de sus ojos la imagen de su sueño: una nave

extraña, en cuya cubierta, las figuras de su sobrino y de su hija parecían dispuestas a conquistar el horizonte del futuro.

∞

Durante nueve días los dos muchachos navegaron sin rumbo, zarandeados por vientos y corrientes a través de un mundo sin luz. Con el cielo ennegrecido por las nubes, el día y la noche se confundían, y solo los fogonazos de los relámpagos iluminaban un horizonte en el que el sol parecía, como ellos, pugnar por sobrevivir. A pesar del miedo, ambos se pusieron en manos de los dioses y se entregaron sin reservas a la tarea de sobrevivir, fundiendo sus cuerpos y sus almas en un abrazo casi permanente que les hizo confiar en su propio destino y asumir, finalmente, que habrían de ser el principio de una nueva estirpe humana.

Al décimo día, la lluvia y el viento cesaron de repente, y el silencio se adueñó del mundo. Los dos jóvenes salieron a la cubierta y sus ojos se contrajeron, heridos por la luz del sol. Las nubes empezaban a deshacerse en hilachos blancos y el color azul del cielo iba tiñendo las grises y tranquilas aguas. El arca cabeceaba lentamente sobre una superficie en calma, a merced de una corriente cada vez más débil.

Pirra tomó la mano de su compañero y la apretó con fuerza.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó con voz queda, deseando no alterar el impresionante silencio.

Deucalión parecía ensimismado, ajeno a todo, con los ojos clavados en algún lugar a proa.

—Las aguas bajarán rápido —dijo—. Cuando estemos en tierra sabremos lo que hay que hacer.

Por un momento, Deucalión retiró sus ojos de la proa y, por primera vez, vio el rostro de la muchacha a la luz del sol. La abrazó, tomó sus mejillas entre las manos y contempló sus ojos con placer y ternura. Sus labios se encontraron en un beso largo y profundo que disipó sus preocupaciones.

En medio de la quietud, perturbada solo por el borboteo del agua, restalló el sonido de las alas de una paloma, como el chasquido de un arco en el momento de disparar la flecha. El ave se posó en el borde de la cubierta, tratando de encontrar un momento de reposo tras su largo vuelo. Deucalión oteó a su alrededor, aguzando su vista en busca de alguna señal de tierra. Repentinamente, a lo lejos, vio la cumbre de un monte columbrándose delante de la barca.

Una corriente suave los empujó hacia aquella tierra que, como el espinazo de un animal, se esbozaba sobre la superficie del agua; a popa se empezó a dibujar una estela blanca y Deucalión tuvo la impresión de que en aquella estela efímera, cuyos rasgos se diluían en el inmenso rostro de las aguas, se disolvían también los ecos del pasado.

Con un golpe suave, el arca embarrancó en la cima del monte Parnaso. A su alrededor, las aguas comenzaron a descender muy deprisa, como si la enorme boca de un remolino gigante se las tragara, y los dos jóvenes, poniendo sus pies sobre la tierra, embargados por una emoción que iba más allá de ellos mismos, comenzaron a caminar por la ladera del monte. Con ellos descendía también la línea de las aguas, acompañándolos en su viaje hacia las tierras, los valles y los mares que habrían de conformar los límites del nuevo mundo.

—¿Cómo podremos hacer lo que nos ha dicho tu padre? ¿Cómo podremos nosotros dos, solos, perdidos en medio de

este mundo, dar comienzo al nuevo linaje de los hombres? —La voz de Deucalión sonaba tranquila, pero Pirra captó inmediatamente un tono de preocupación. El muchacho detuvo sus pasos y añadió—: Hemos sobrevivido al diluvio, pero ¿cómo sobreviviremos a la soledad?

Pirra apretó con suavidad la mano del muchacho intentando transmitirle calor y confianza. Se colocó delante de él y, fundiendo su mirada con la suya, dijo:

—Nuestra tarea era sobrevivir, y aquí estamos, vivos, alentando sobre un mundo vacío. Deja descansar tu mente, aleja los pensamientos que avivan tu tristeza y ten esperanza; los dioses marcarán nuestro camino.

Sonrió Deucalión, atrapado por la calidez de aquellas palabras, y comenzó a caminar de nuevo, con una sonrisa dibujada en el rostro. Los dos jóvenes descendieron por un sendero pedregoso hacia un valle recién formado, cuajado de olivos que habían resistido, vivos, debajo de las aguas. Con las ramas extendidas hacia el sol, Deucalión creyó ver en ellos toda una alegoría de su propia situación.

Desde el Olimpo, Zeus contemplaba la escena conmovido. «Esperanza», pensó. Y, dispuesto a no defraudar esa esperanza con la que Deucalión y Pirra, hijos de los dos titanes hermanos comenzaban su vida en la Tierra, hizo un gesto a Hermes.

En el sendero, de repente, se proyectó una sombra. Asustados, los dos jóvenes se detuvieron, intentando darse mutua protección. Pirra se colocó ligeramente detrás del cuerpo de su compañero, y Deucalión respiró hondo, con todo su cuerpo dispuesto a defenderse.

Mas la sombra no se materializó, como si no fuera la proyección de cuerpo alguno. Sin embargo, en el cielo un águila

blanca emitió un grito agudo y voló en círculos sobre los dos muchachos, con sus enormes e inquisitivos ojos clavados en ellos. Deucalión sintió un escalofrío en la espalda y notó que las manos de Pirra, apretando su cintura, se tornaban frías y los dedos se hundían en su carne.

Entonces la sombra se alargó, abarcando todo el camino, y una voz profunda y grave resonó en el valle:

—No os hemos abandonado. Zeus, mi padre, me envía para deciros que está dispuesto a escucharos, a no defraudar vuestra esperanza y a concederos un deseo que sosiegue vuestro ánimo.

Deucalión y Pirra se miraron atónitos; el águila intensificó sus graznidos y las montañas los devolvieron al aire, creando una sinfonía envolvente que abarcó todo el valle. Cuando Deucalión se disponía a hablar, un sonido familiar, como el aleteo de la paloma que se había posado en la cubierta de la nave, se superpuso a los chillidos del águila.

Pirra cerró los ojos un momento, tratando de concentrarse y comprender las señales que los rodeaban. Entonces vio con claridad unas alas dibujadas a los pies de la sombra.

—¡Hermes! —exclamó, excitada—, tú nos has conducido hasta aquí; tú eres la sombra.

La voz del mensajero de Zeus resonó de nuevo, serena y armónica.

—En este lugar, a los pies del monte Parnaso, vuestros descendientes levantarán un templo, símbolo de su sometimiento a unos dioses que os han concedido otra oportunidad.

—¿Nuestros descendientes? ¿Qué descendientes, Hermes? —exclamó el muchacho—. Estamos solos, abandonados en un mundo despoblado.

—¿Qué deseas, Deucalión? —se limitó a decir el dios.

Los jóvenes se miraron, hipnotizados por la voz del dios y los gritos del águila. Sostuvieron unos instantes sus miradas y asintieron levemente con la cabeza, como si hubieran entendido los pensamientos del otro sin necesidad de una sola palabra.

—Compañeros —exclamó el muchacho—. Compañeros que alivien nuestra soledad e inicien, con nosotros, una nueva estirpe de hombres y mujeres.

La sombra de Hermes se retiró y el agudo canto del águila dio paso a un silencio sobrecogedor. Deucalión y Pirra vieron cómo una grieta, una abertura larga y oscura, se dibujaba sobre el suelo. Entonces, desde el fondo de la brecha, resonaron unas palabras surgidas del vientre de la tierra:

—Lanzad los dos por encima de vuestros hombros los huesos de vuestras madres.

El silencio lo llenó de nuevo todo. El viento cesó, la luz del cielo se derramó sobre ellos y solo permaneció el eco de las palabras nacidas de la tierra. Pirra contrajo el rostro, horrorizada, y se sentó sobre el suelo con un gesto de abatimiento, vencida por un repentino desencanto. Clavó su mirada en el infinito y su rostro perdió cualquier atisbo de alegría, de esperanza y de vida. Sintió que sus miembros se volvían pesados y creyó que las lágrimas que brotaban de sus ojos eran las gotas de resina que fluyen de un tronco herido mortalmente por el hacha. A duras penas alcanzó a balbucear:

—Estamos solos…

Entonces las manos de Deucalión acariciaron su rostro y acogieron en su interior las mejillas de la mujer, atrayéndola hacia él. La abrazó con ternura, llenó de calor su helado ánimo y, con una convicción nacida de su corazón, dijo:

—No estamos solos. Creo que hemos oído las palabras de un oráculo, el mensaje de los dioses. Los huesos de nuestras madres no son los de Pandora o Celeno, sino los de la Tierra, nuestra madre común. De ella ha nacido todo. De ella han nacido las palabras del oráculo, que marcan nuestro destino.

El rostro de Pirra se llenó entonces de luz y el calor tornó a sus miembros. Ambos se levantaron despacio, miraron hacia el valle y vieron que las aguas se habían retirado por completo. Los caminos parecían no haberse desdibujado nunca, como si el diluvio hubiera sido solo un sueño, y la luz del sol teñía toda la tierra, llenándola del mismo calor que había devuelto la vida al desencantado ánimo de Pirra.

Desde el cielo, Zeus sonreía. Su obra estaba acabada y, sobre la tierra, mezclada con las desgracias nacidas de la caja de Pandora, la esperanza en los dioses, olvidada en su interior, renacía con fuerza. Transformado en un águila blanca voló por encima de las cumbres del Parnaso y se lanzó en un picado vertiginoso hacia los lugares en que habrían de habitar los nuevos hombres y mujeres, nacidos de los huesos de la Tierra.

◇◇◇

El frío lo hizo estremecerse. Prometeo se incorporó despacio, con las imágenes girando todavía en su mente. Atizó el fuego, echó sobre las brasas teas secas y arrimó más ramas, haciendo que las llamas crecieran de nuevo y llenaran de calor el frío y húmedo entorno de la cueva.

Todo estaba claro ahora; ya sabía qué había ocurrido durante su larga ausencia. Volvió sobre las primeras pinturas y, a partir de ellas, inició sin interrupciones, de corrido, el mismo viaje, guiado por las imágenes.

Empezó por los tiempos de la creación, por el mundo nacido del caos primigenio; siguió después contemplando la Edad de Oro, presidida por Crono, con el nacimiento de sus hijos y la castración de Urano, escenas que llenaban el centro de los dibujos. Se admiró nuevamente al descubrir que la Edad de Oro terminaba con la titanomaquia, la terrible lucha entre los dioses y los titanes, y volvió a verse a sí mismo combatiendo, del lado de Zeus, contra los miembros de su propia raza.

Se adentró otra vez en los tiempos de plata, gobernados por Zeus, donde aparecía Pandora abriendo la caja; contempló las enfermedades, la envidia y la corrupción extendiéndose por toda la tierra, y el rostro contrariado de Zeus, decidido a terminar con aquella época y con quienes habitaban en ella.

Asombrado por la maestría de los autores, con la sensación de que, en unos instantes, lo llevaban de la mano a través de la historia de todo el universo, se detuvo de nuevo en el paso a los tiempos de bronce, caracterizados por la guerra y la violencia propiciadas por Ares. Y, finalmente, contempló el diluvio, el arca y a su hermano y a Pandora despidiéndose de Deucalión y de Pirra desde una roca cubierta por las aguas.

Tras el diluvio, vio una vez más a su hijo, sobre la tierra seca, y por encima de él, varada en la cumbre del Parnaso, el arca salvadora; contempló al águila en el cielo, y la sombra de Hermes, detenida delante de los dos muchachos. Volvió a ver la grieta de la tierra, que parecía hablar, el rostro desencajado de Pirra y la sonrisa, apenas delineada, en los labios de su hijo. Entonces, con aquella maravillosa sucesión de secuencias fijada en su mente, detuvo su mirada en la escena final.

Deucalión y Pirra se inclinaban hacia el suelo y cogían piedras, los huesos de la Tierra. Avanzaban lentamente y las



Deucalión y Pirra lanzaron los huesos de la Tierra, iniciando una procesión de vida.

lanzaban por encima de sus hombros, como si estuvieran sembrando un campo. Entonces, de cada piedra arrojada por Deucalión nacía un hombre; una mujer de las piedras lanzadas por Pirra. Detrás de ellos, como en una procesión de vida, hombres y mujeres, juntos para siempre, daban inicio al tiempo de los héroes, aquel que llenaría el mundo de hombres mejores que los anteriores, capaces de reproducirse por sí mismos, eternamente, en compañía de las mujeres.

Prometeo dejó la antorcha en el suelo y salió de la cueva. El mundo le pareció lleno de luz. Miró al cielo, complacido, sintiéndose pleno y, mientras el águila de Zeus volaba sobre su cabeza, comprendió emocionado que había triunfado por completo; que, como había previsto hacía tanto tiempo, Pandora había sido el castigo y, a la vez, la salvación de toda la raza humana.

Entonces, con la sombra de Zeus proyectada sobre su cuerpo, supo también que él mismo había sido ya, antes de su tiempo, el primero de los héroes.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Modelada en barro por Hefesto, Pandora fue el instrumento de que se valió Zeus para castigar a la humanidad a la que Prometeo había dado el fuego y, con él, el conocimiento. Su curiosidad, pero también su propia condición femenina, la convirtieron en la responsable de las desgracias que afectan a los hombres.

«La mujer es la causa de todos los males que afectan a la humanidad». Esta podría ser, de modo sucinto, la misógina lección que se extrae del mito de Pandora. Aunque también la de ese otro, propio de la tradición judeocristiana recogida en la Biblia, el de Eva. Ambas, Pandora y Eva, son las primeras mujeres, la una creada a partir del barro por el dios Hefesto; la otra, de una costilla del primer hombre, Adán. Pero ambas, sobre todo, son las causantes de la desgracia humana. Y todo por un acto de desobediencia: la apertura de una jarra en la que se hallaban encerrados todos los males en el caso de Pandora; la ingesta de la fruta prohibida del árbol de la ciencia del bien y del mal en el de Eva. Acabó así de forma abrupta el estado de felicidad idílica del que los hombres, desconocedores de las penas del trabajo, la enfermedad, el dolor, el hambre, la pasión, la guerra, la vejez, la muerte y un largo etcétera, disfrutaban hasta entonces. Hay, sin embargo, una diferencia importante entre ambas mujeres: Eva fue creada por Dios para ayudar al hombre y

aliviar la soledad en la que se encontraba en el Edén; Pandora, en cambio, lo fue por orden de Zeus para castigarlo. En este sentido, cumplió perfectamente aquello para lo que fue concebida.

UN CASTIGO EJEMPLAR

Desobedeciendo el mandato de Zeus, Prometeo concedió a los hombres el fuego, elemento civilizatorio por definición, además de símbolo del conocimiento. El rey de los dioses, sin embargo, no se conformó con encadenar al titán en las alturas del Cáucaso, sino que quiso también que la humanidad experimentara lo que suponía desafiar su poder. Para ello ideó un castigo particularmente taimado: «Yo a cambio del fuego les daré un mal con el que todos se alegren acariciando con cariño a su propia desgracia», proclama el señor del trueno y del rayo en el poema de Hesíodo (siglo VIII a.C.) *Los trabajos y los días*, tras lo cual, y según el vate, «rompió en carcajadas» como esos niños que se complacen imaginando alguna despiadada travesura. Ese castigo no es otro que la creación de una criatura destinada a ser la eterna compañera del hombre, para desgracia de este: la mujer.

El personaje de esa primera mujer es fascinante, pero también sumamente oscuro y escurridizo, pues las fuentes griegas apenas dan noticia de él. En la *Teogonía* del mismo Hesíodo se asiste a los momentos en que Hefesto la modela y Atenea la viste y orna, mas se obvia su nombre. Es, simplemente, «un bello mal», «un espinoso engaño», «una gran calamidad para los mortales», la madre de la que «desciende la estirpe de las femeninas mujeres». En *Los trabajos y los días* tiene ya nombre, y uno parlante, pues viene a significar algo así como «dadora de todo», «llena de dones» o «todos los



presentes», en el sentido de que cada dios del Olimpo le dio una cualidad, en principio positiva. La excepción fue el siempre traicionero Hermes, quien, a decir de Hesíodo, «configuró en su pecho mentiras, palabras seductoras y un carácter voluble». Justo lo que Zeus deseaba para que ese «regalo» que hacía a la humanidad fuera particularmente pernicioso.

En ese mismo poema se desvela cómo Pandora desencadena la desgracia no solo a partir de su propia irrupción en la vida del hombre, sino también por una acción que protagonizó picada por ese vicio tan supuestamente femenino que es la curiosidad: destapar una jarra que encerraba todos los males conocidos, que de esta forma pudieron escapar y diseminarse por el mundo. El único que restó fue la esperanza, quizá porque de no contar con ella los hombres estarían tentados de quitarse la vida en masa a fin de escapar a tanto dolor y sufrimiento. La cerámica pintada griega refleja la popularidad de este motivo durante la época clásica.



Detalle de una hidra de figuras rojas del siglo IV a.C. (Museo Arqueológico de Cataluña, Barcelona), en el que se ve a Pandora en sus estancias abriendo la caja en la que los dioses encerraron todos los males. Se trata de un trabajo en el que destaca la delicadeza con que el anónimo artista trató la figura de la joven. Lo que en textos más antiguos es una jarra o ánfora, aquí es ya una caja.

LA FUERZA SUBVERSIVA DE LO FEMENINO

Resulta evidente que el mito expresa escasas simpatías hacia la naturaleza femenina: esta no es sino una maldición de la que, para más inri, no se puede prescindir. No obstante, más que como un arrebato misógino por parte de Hesíodo, que es el poeta griego que más ha desarrollado todo lo referido a Pandora, el mito puede verse como un intento de explicar aquello que de oscuro, incontrolable e irracional hay en el ser humano. Ella, como criatura femenina que es, representa la vinculación a la Tierra, a Gea, la madre de todo. Tiene, pues, mucho de fuerza primigenia, lo que la diferencia de un hombre al que el regalo del fuego que Prometeo le hizo convirtió en un ser racional que pretende dominar su entorno. En el fondo, de lo que se trata es del eterno conflicto entre la naturaleza y la civilización, entre un principio femenino capaz de dar a luz la vida y otro masculino que, sin ese don, aspira a una sociedad jerarquizada en la que ostente el poder y, con él, el control de esas fuerzas primigenias, tan peligrosas, disgregadoras y subversivas para el orden deseado.

Dicho lo cual, quizá habría que replantearse si realmente Pandora fue la causante de todas las desgracias humanas. ¿Acaso no serán estas más responsabilidad masculina que femenina? De igual modo que en el relato bíblico del Génesis Adán podría haberse negado a comer del fruto del árbol prohibido que le ofrecía Eva, en el de Pandora el protagonista varón no está precisamente libre de pecado. Epimeteo representa la antítesis perfecta de su hermano Prometeo. Si el nombre de este significa «previsor», el de aquel viene a decir «segundo pensamiento», en el sentido de alguien que «reflexiona tarde». Pero no solo es lento a la hora de pensar, sino que es también torpe. No es de extrañar así que sea el escogido por Zeus como destinatario de su «regalo». Cuando Epimeteo se

dé cuenta del error cometido aceptándolo, ya será tarde, de ahí que incluso a Hesíodo se le escape en su *Teogonía* que el incauto esposo de Pandora fue «desde un principio siempre ruina para los hombres que se alimentan de pan»...

Menos trascendente, otro autor griego, el mitógrafo Paléfato (siglo IV a. C.), viene a defender la causa de Pandora a partir de una línea argumental cuando menos original. En su obra *Historias increíbles*, escrita con la intención de dar una explicación racional de los principales mitos, afirma que, en realidad, «Pandora era una mujer riquísima de Grecia que cuando salía se maquillaba con mucho lodo, porque fue la primera que descubrió los cosméticos». Y punto: «El hecho fue este, pero el mito se creó sobre un absurdo».

LA JARRA DE LOS MALES

Habiéndose perdido un drama satírico de Sófocles (496-406 a. C.) titulado *Pandora*, prácticamente toda la literatura griega que tiene como protagonista a la mujer de Epimeteo es obra del ya mencionado Hesíodo. Como se ha dicho, es en él donde aparece por vez primera el relato de su mito. Si en la *Teogonía* solo se menciona la creación de la mujer, en *Los trabajos y los días* se suma el relato de la jarra o caja de los males: «En efecto, antes vivían sobre la tierra las tribus de hombres libres de males y exentas de la dura fatiga y las penosas enfermedades que acarrean la muerte a los hombres. Pero aquella mujer, al quitar con sus manos la enorme tapa de una jarra los dejó diseminarse y procuró a los hombres lamentables inquietudes». El resultado es claro: «Mil diversas amarguras deambulan entre los hombres: repleta de males está la tierra y repleto el mar. Las enfermedades ya de día ya de noche van y vienen a su



El diluvio, un tema universal

Aunque la figura de Pandora bien podría ser una invención de Hesíodo, no sucede lo mismo con dos de los motivos vinculados a su mito como son el de la creación del hombre a partir del barro o el del diluvio con el que los dioses castigaron a la raza humana: ambos se encuentran ya desarrollados en las tablillas cuneiformes halladas en Mesopotamia, unos mil años más antiguas que el poeta griego. Por el influjo de su variante bíblica, el segundo de esos temas es el que más ha dado que hablar. Aparece ya en dos poemas épicos cuya datación oscila entre los siglos XVIII y XIV a. C.: el *Atrahasis*, considerado el más antiguo de los dos, y la *Epopeya de Gilgamesh*. Según se lee en ellos, el dios Enlil, harto de la constante algarabía producida por los humanos, tan estridente que ni siquiera le dejaba conciliar el sueño, decidió borrarlos de la faz de la Tierra ahogándolos bajo las aguas. De esa devastación solo se salvaría un hombre justo, que en las tablillas sumerias recibe el nombre de Ziusudra, en las acadias, el de Atrahasis y en el *Gilgamesh*, el de Uta-napishti. Aconsejado por los dioses, este hombre construyó una especie de arca: «Todos los seres vivos que poseía los cargué a bordo. Mandé subir a bordo a todos mis familiares y amigos, a las bestias del campo, las criaturas de la estepa y miembros de cada técnica y oficio», explica ese Noé mesopotámico al héroe Gilgamesh. La duración del diluvio es aquí de seis días y siete noches, una cifra similar a la del diluvio griego de Deucalión y Pirra (nueve días), pero muy inferior a los cuarenta que estipula el Génesis bíblico.

capricho entre los hombres acarreando penas a los mortales en silencio, puesto que el providente Zeus les negó el habla. Y así no es posible en ninguna parte escapar a la voluntad de Zeus».

No mayor relieve ha tenido Pandora en la literatura latina. El mitógrafo Cayo Julio Higino (64 a. C.-17 d. C.) le dedica una de sus *Fábulas*, pergeñada con su habitual estilo árido y urgente: «Vulcano, siguiendo las órdenes de Júpiter, creó a la mujer también de barro, a la que Minerva dio la vida y cada uno de los dioses un regalo; por este motivo la llamaron Pandora y fue entregada en matrimonio a Epimeteo; de ella nació Pirra, de la que se dice que fue creada la primera mortal». Pirra alcanza más vuelo en el poema *Metamorfosis*, de Ovidio (43 a. C. -17 d. C.), donde los episodios del diluvio y la posterior creación de los seres humanos a partir de ella y su esposo Deucalión son tratados con extraordinaria viveza y plasticidad: «El lobo nada entre las ovejas, las olas arrastran a los rubios leones, las olas arrastran a los tigres; de nada le sirve al jabalí la fuerza del rayo ni sus veloces patas al ciervo arrastrado, y tras buscar largo tiempo tierra donde posarse, el ave errante cae al mar agotadas sus alas». Solo esa pareja sobrevive a la cólera de Júpiter, pues «no hubo varón alguno mejor que él ni más amante de la justicia o mujer más temerosa de los dioses que ella».

El personaje de Pandora fue redescubierto por los escritores modernos, que valoraron en él su fuerza primigenia y subversiva. Uno de ellos fue el alemán Frank Wedekind (1864-1918) en su tragedia *Lulú*. Estructurada en dos partes, «El espíritu de la tierra» y «La caja de Pandora», su protagonista es la encarnación de varias figuras femeninas caracterizadas por sembrar la perdición allá por donde pasan, pero no por maldad o por deliberado deseo de destrucción, sino por su propia naturaleza transgresora, que ejerce tal fascinación entre los hombres que pretenden dominarla que acaba aniquilándolos. Ella es así Pandora, pero también Gea, Eva e incluso la serpiente que tentó y perdió a

esta. Como dice el Domador en el prólogo, «creada fue para sembrar desgracias, para atraer, seducir, envenenar, para matar, sin que uno lo sienta». Es, en suma, la mujer primordial, un principio salvaje surgido de un tiempo que está más allá del bien y del mal.

Muy diferente es el retrato que se desprende del relato *Pandora*, del estadounidense Henry James (1843-1916). Su protagonista es una joven estadounidense que perturba profundamente a un joven y escéptico conde alemán. Y todo porque ella supone lo que en Washington llaman «el nuevo prototipo femenino», esto es, «la chica hecha a sí misma». El choque entre la cultura norteamericana y la europea, del que Pandora se convierte en risueño símbolo, es el hilo conductor de esta pequeña joya.

DE LA ALEGORÍA A UNA NUEVA FEMINIDAD

Al igual que en la literatura, en el arte Pandora cobró un protagonismo relevante a partir de finales del siglo XIX, cuando la estética simbolista y modernista reivindicó una nueva imagen de la mujer que rompía con el estereotipo de esposa y madre. Era la feminidad enraizada en la tierra, con todo lo que ello comporta de primigenio y transgresor para el orden social y moral masculino.

Con anterioridad a ese periodo, pintores como Jean Cousin el Viejo (h. 1490-h. 1560), Giulio Romano (1499-1546) y Nicolas Régnier (h. 1590-1667) evocaron a la mujer, pero dándole una interpretación moralizante: representa, bien el castigo de la curiosidad, bien una alegoría de la vanidad. A estas obras puede sumarse la pareja de esculturas formada por *Epimeteo* y *Pandora*, de El Greco (1541-1614). En madera policromada, su estilo se aleja del manierismo propio de las pinturas de este artista para imbuirse del espíritu de la estatuaria clásica. Detalle curioso, es el esposo quien sostiene aquí la caja de marras, como si quisiera alejarla de su esposa. Ella, por su parte, muestra hacia Epimeteo una actitud zalamera, como si quisiera convencerlo de que no tiene nada que temer.

Pero, como se ha dicho, es en el cambio del siglo XIX al XX cuando Pandora adquiere su plasmación más perturbadora. Pionero en ello fue el prerrafaelita inglés Dante Gabriel Rossetti (1828-1882). Su retrato de la mujer, misterioso y sensual, a la vez que fuera de un tiempo o época concretos, fue emulado por William-Adolphe Bouguereau (1825-1905), Jules Lefebvre (1834-1912) o Léon Herbo (1850-1907), entre otros. Frente a estas figuras, las unas abstraídas, las otras mirando al espectador como buscando su complicidad o pidiéndole comprensión, la de John William Waterhouse (1849-1917) es retratada en plena acción, justo en el momento en que, en un bosque y a resguardo de otras miradas, empieza a levantar la tapa de la maléfica caja. La de Thomas Kennington (1856-1916), por su parte, es la única que parece darse cuenta de la magnitud de lo que ha hecho, y esconde su rostro mientras sostiene en su regazo la caja vacía.

Además de la figura de Pandora, el episodio relacionado con su mito que más ha despertado el interés de los artistas es el del diluvio de Deucalión y Pirra. Giulio Carpioni (1613-1679) pintó así la desesperación de las gentes que intentan escapar a la crecida de las aguas, si bien el motivo predilecto no ha sido tanto el del diluvio en sí (eclipsado por el del Noé bíblico) como el de la posterior repoblación de la Tierra. Domenico Beccafumi (1486-1551) fue uno de los primeros en acercarse a él con una tabla en la que se ve a Deucalión y Pirra arrojando tras de sí piedras que van convirtiéndose en hombres y mujeres, modelo seguido también por Peter Paul Rubens (1577-1640) y, de forma más paródica, por Giovanni Benedetto Castiglione (1609-1664).



Arriba Eva prima Pandora *(Museo del Louvre de París), una obra de Cousin el Viejo que no solo destaca por ser el primer gran desnudo del arte francés, sino también por intentar conciliar la mitología con el cristianismo, esto es, Pandora con Eva, de ahí la presencia de atributos de ambas, como la jarra de los males, la serpiente y la rama del manzano. Abajo, a la izquierda, la* Pandora *(colección privada) de Waterhouse, en la que el pintor, con su estilo preciosista y ornamental, recrea el momento en que la mujer abre la caja. Las consecuencias se aprecian en la* Pandora *(colección privada) de Kennington: la desgracia se abate sobre el mundo, sensación acrecentada por el uso del claroscuro*





PANDORA, MATERIALISTA Y FATAL

Menos suerte ha tenido Pandora en el terreno de la música. Aun así, puede citarse el ballet *Pandora*, escrito por el español Roberto Gerhard (1896-1970) en plena Segunda Guerra Mundial y por encargo de una compañía de danza alemana que había recalado en Londres huyendo del nazismo. La caja encarna aquí todos los males del siglo XX, empezando por los totalitarismos, el militarismo y la guerra mecanizada, mientras que la protagonista, Pandora, es la representación del materialismo moderno, una fuerza ciega y destructiva que se opone a la espiritualidad representada por Psique. A nivel musical, la partitura se nutre de citas de canciones populares, sacras y profanas, que explicitan y contextualizan la combativa actitud antifascista del compositor.

En la gran pantalla, el título imprescindible referido a la mujer de Epimeteo es *Pandora y el Holandés Errante*, del realizador estadounidense Albert Lewin (1894-1968). En esta película el viejo mito griego se funde con el del Holandés Errante, ese marino condenado a vagar eternamente por los mares hasta que una mujer sacrifique su vida por él. Encarnada por la actriz Ava Gardner (1922-1990), Pandora es una cantante estadounidense cuya letal belleza atrae, encanta y destruye a todos los hombres que se le acercan, sin que ella vea en ellos otra cosa que meras marionetas. Ese desdén solo cede cuando al pueblo de la Costa Brava en que se halla arriba un atormentado marino holandés. Maldita e incomprendida en su época por su extraña combinación entre Realismo y ambientación onírica, hoy ostenta categoría de clásico.

Índice